

646

Encuentros

20 recuerdos y una
canción desesperada

Fernando Pereznieto

Libros del Laberinto

ENCUENTROS

20 recuerdos y una canción desesperada





Colección: *Libros del laberinto*, 55

Fernando Pereznieto

ENCUENTROS:

20 recuerdos y una canción desesperada ~



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo



2893638

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General

Dr. Julio Rubio Oca

Secretaria General

M. en C. Magdalena Fresán Orozco

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Rectora

Mtra. Mónica de la Garza Malo

Secretario

Mtro. Jordy Micheli Thirión

Coordinador de Extensión Universitaria

Jefe de la Sección Editorial

Lic. Valentín Almaraz Moreno

Primera edición 1997

ISBN: 970-654-071-7

©Fernando Pereznieto

©Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco.

Av. San Pablo 180, Col. Reynosa, Tamaulipas

02200. México, D.F.

Impreso en México/*Printed in Mexico*

A mi propio Corazón



RECUERDO DE PARÍS Y LOS FANTASMAS
DE LOS CONVENTOS

Carlos Fuentes

Era mi último día en París después de una estancia de más de un mes. Me senté cómodamente sobre una gran poltrona y me invadió una combinación de sentimientos: nostalgia, cansancio y satisfacción. Me descalcé y sentí cómo me palpitaban los pies que me dolían de tanto andar. Corazón se encontraba asomada a la ventana viendo pasar un desfile por la rue Montalembert en dirección al boulevard San Germain, de la misma manera que lo había hecho, ¿o lo hará?, Polo Febo, el personaje de Carlos Fuentes en su novela *Terra Nostra*,* la última noche del año de 1999. Un gran número de imágenes se agolparon en mi mente: era el cúmulo de recuerdos recientes, intensos, vividos en París en los últimos días. ¿O quizás soñados?

Todo empezó cuando el escritor nos reservó la

*Carlos Fuentes, *Terra Nostra*, Editorial Joaquín Mortiz, 1975.

Suite Roja de Terciopelo Ardiente en el séptimo piso del hotel Du Pont Royal; precisamente la habitación donde empieza y termina Terra Nostra, y ahí era donde nos encontrábamos en ese momento entretejiendo nuestras vidas con las imágenes leídas en su monumental novela.

Carlos me anunció que me había escrito un cuento de fantasmas, yo anhelaba recogerlo al día siguiente, oírlo, leerlo, gozarlo... El ansia y el delicioso Bordeaux que había bebido al medio día me tenían la boca tan seca como una esponja al sol. Llamé al camarero y le pedí que trajera una botella fresca de champagne para brindar por nuestra última noche en París.

Imaginé, emocionado, cómo un cuento de Carlos Fuentes podría ser la fuente misma de donde brotaran mis dibujos de los conventos.

...Veo a los fantasmas que podrían contarnos la historia de los muertos sin el engaño de pretender que alguna vez vivieron, veo el acento del placer indecible, de la locura divina, de la libertad amurallada y silenciosa...**

Durante un par de años en mi lejana tierra, pasé de un convento a otro y a otro más. Caminaba por

**Presentación de Carlos Fuentes a *Conventos del siglo XVI*, de Fernando Pereznieta, Editorial Joaquín Mortiz, 1976.

sus largos y oscuros corredores y de pronto me detenía para tratar de atrapar en mi libreta el momento más denso del misterio. Con un escalofrío, como gotas heladas en mi espalda, sentía con miedo y placer su presencia. Entonces un manto etéreo me envolvía y me deslizaba por aquel corredor infinito hasta llegar al claustro donde las luces jugaban con los arcos. Ya era yo otro, y otro era el convento y la luz me enloquecía del puro gusto de gustarla. Otras veces me sentía como una pieza de ajedrez solitaria, colocada frente al tosco portón de una inmensa y simple fachada plateresca, y sentía cómo mi cuaderno y mi lápiz se preguntaban quién los habría de unir en matrimonio.

Y así durante una vida fui descubriendo los primerísimos resultados de nuestro mestizaje artístico, ahí mismo donde el noble estilo renacentista fue enriquecido por la mano maestra de nuestros antepasados indígenas.

Seguía sentado en mi cómodo sillón con los brazos extendidos hacia abajo, relajado, dejando fluir mis pensamientos.

Yo, que traía la punta de mi lápiz llena de conventos, seguí dibujando iglesias y abadías con sus personajes. Un día, el fantasma de Cuasimodo me

abrió la puerta de la escalera infinita de caracol que llega al cielo, al techo de la catedral de Nuestra Señora de París, para permitirme tomar apuntes y acariciar las gárgolas. Y mientras las dibujaba, cobraban vida. Vi sus movimientos, escuché sus estruendosas carcajadas y me convencí de que, en vez de cielo, era el mismo infierno. Todos aquellos diablos me miraban fijamente. Me sentía muy a gusto, como si perteneciera a ese lugar. Me pareció ver, por un instante, a mi amigo don Pedro Linares envolviendo alguna gárgola con su mágico cartón-papel para llenarla de colores y convertirla en Alebrije. ***

Al mismo tiempo, Carlos Fuentes le escribía a nuestro común amigo y editor Joaquín Díez-Cane-do: “Querido Joaquín, nuestro amigo Pereznieto se me ha perdido, seguramente en alguna vieja abadía románica...”

Era nuestra última noche en París. Corazón y yo nos embriagábamos con la mirada mientras bebíamos una copa de champagne. Leí en sus grandes ojos el reflejo del deseo que recibía de mi mirada.

Abrió la misma ventana que en la novela se había cerrado por veintidós años y se asomó para ver pasar el desfile de flagelantes.

*** Figuras fantásticas de *papier maché*.

Me incorporé y poco a poco me acerqué a ella, por detrás, como una ola de lava ardiente, apoyé mi dedo índice sobre su cuello y con lentitud lo deslicé por su columna vertebral sintiendo su temblor, luego posé mis manos sobre sus caderas. Recordé que en el último capítulo de *Terra Nostra*, cuando Celestina toca con sus nudillos a la puerta de ese mismo cuarto y Polo Febo le abre, sucede una serie interminable de las más deliciosas escenas eróticas entre los dos personajes. Iban recorriendo y descubriendo cada lugar de sus encendidos cuerpos y vibrando con sus caricias, sus manos se convertían en lenguas y las lenguas se volvían abrazos ardientes, rítmicos, interminables... hasta fundirse materialmente en un solo cuerpo. Y... nosotros otro tanto.

La luz del día siguiente era más intensa mientras tomados de la mano y mirándonos a los ojos caminábamos ansiosos desde el Barrio Latino hasta el número 9 de la rue de Longchamps para recoger el cuento. Habían pasado treinta y tres y medio días de inventar un sueño. De pronto estábamos parados en el centro del vestíbulo con techo a doble altura viendo bajar el enrejado elevadorcito para dos personas por el ojo estrábico de una escalera circular, del que, con gran estruendo de cortinas metálicas, apareció

sonriente nuestro querido embajador y nos llevó del brazo a su privado con los muros llenos de libreros y los libreros llenos de palabras. Otras fluían armoniosas de los labios de Carlos Fuentes cuando le mostré el volumen de *Terra Nostra* que yo había ilustrado. Lo fue recorriendo con toda calma platicándonos de cada uno de los personajes, al terminar nos lo dedicó: “Para Fernando y Corazón, de todo *ídem*, porque nuestros fantasmas se hablan y frecuentan”.

La plática seguía y se convertía en un nuevo libro en el que los tres éramos los personajes, hasta que interrumpí para hacerle ver que moría por conocer nuestro cuento. Carlos dibujó una sonrisa, sacó el manuscrito de un cajón, se colocó sus medios lentes y con voz pastosa comenzó a leer:

..En cada hoja de este álbum de piedra Fernando Perez-nieto toca con los nudillos a las puertas de los conventos. No sabemos si el artista está dentro de ellos y quiere salir, o fuera de ellos y quiere entrar. Sí sabemos que su arte nos ofrece, sin palabras, la imagen de una ausencia cuya presencia nos corresponde a nosotros convocar sin arrebatarle su misterio. Hojeo este libro e imagino: Conventos de Pereznieto poblados por personajes de Rulfo. ¿De quién será la última voz que cuente este cuento? Acaso del que se atreva a escribirlo.**



EL CAMPANERO DE FIÉSOLE

Piero El Jardinero

Mimetizado bajo la sombra de un ciprés, Piero era el ser más importante del jardín. Dirigía con su hoz encantadora la armonía de aquel universo. Equilibraba la presencia de las luces y el anidar oscuro de las sombras, con la misma devoción con que afinaba el canto de las fuentes. Se percibía el sonido de sus pasos sobre los caminos de grava suelta, que serpenteaban de un lado a otro, ligándolo todo como el fino diseño de una tela de araña curvada por el viento.

Cuando nos sentábamos sobre el brocal del pozo etrusco a conversar, me mostraba su gran sabiduría, aprendida a través de la devoción a su trabajo y por la sangre. Su padre, su abuelo y generaciones incontables habían cuidado con amor ese mismo espacio.

El jardín de nuestra casa en Fiésole era bello y misterioso. Tenía verdaderos secretos que Piero se encargó de revelarnos poco a poco. Una alta cortina

de bambúes escondían el baño romano con columnas dóricas y al pequeño estanque labrado en piedra gris, alimentado por su propio manantial, que nos permitía bañarnos al aire libre durante los cálidos días del verano, al igual que hace dos mil años. Corrientes subterráneas alimentaban un sinnúmero de fuentes pobladas por rojos peces y ranas saltarinas. Aquí y allá, nos mostraba entierros etruscos, iguales a los que se podían admirar en el museo. Del fondo del pozo se accedía a un extraño túnel, que comunicaba con el convento de San Doménico, a tres kilómetros de distancia, por donde Piero nos guiaba con su precaria linternilla en tenebrosos paseos.

Era un hombre muy delgado, con ojos plácidos, del color azul del mar después de la tormenta.

A nuestros hijos les daba la pauta para encontrar ricos tesoros, que seguramente enterraba para ellos desde el día anterior, llenándolos de asombro.

Alternaba su pasión por el jardín con las horas que marcaba con la campana de la catedral de Fiésole. Ser campanero era otra honrosa herencia de sus antepasados, que lo convertía en una de las grandes personalidades del pueblo. Lo único que me volvía a la realidad, la única atadura al paso del tiempo, dentro de ese paraíso, eran las campanadas

de Piero. Todo el día percibía su presencia, ya en mi diario paseo entre la casa y mi estudio, ya en las vibraciones sonoras del aire cristalino.

Hasta que un día se congeló el tiempo. Dejaron de sonar las campanadas; me avisaron que Piero se encontraba en el hospital de Fiésole, aquejado de una grave enfermedad. A partir de ese momento lo visité de continuo. Sentí una profunda tristeza al verlo como si fuera una vela que se iba extinguendo.

Su muerte me conmovió una eternidad. Dejaba deshabitado uno de los rincones más bellos de mi corazón.

En la catedral, le ofrecieron una gran ceremonia. Las campanas permanecieron mudas, en un silencio tan grande que molestaba a los oídos. Todo el pueblo se volcó a las calles. Una nutrida procesión de sus compañeros de La Misericordia, ataviados con sayal y capuchón negro, lo transportó en sencillo féretro de ciprés, de la catedral en duelo al panteón, situado detrás del teatro Romano.

Aún ahora sigo extrañando a Piero, pero más lo extraña el jardín, que a partir de ese momento, lánguidamente fue muriendo también.

Mi hermano Marco Antonio lo despidió a la distancia:

Se aleja de la torre el tañer de la campana,
que derrama su tristeza sobre el pueblo austero,
pues se sabe ya, por la región toscana,
que el repique que despierta a la mañana
no vendrá más del corazón de Piero.



ACUARELAS FLORENTINAS

Edgardo Coghlan

El año en que Edgardo nos fue a visitar a Florencia cayó el verano más caliente y húmedo del que se tenga memoria, desde aquel otro del 1420, en el que una nube de vapor entró al convento de San Marco e hizo desaparecer a los monjes. Al menos no se encontraron los unos a los otros por espacio de siete semanas.

Recuerdo con claridad que debía uno caminar por la sombra para que no se le evaporaran las ideas.

Un buen día, buscando ángulos para pintar y lugares frescos, Edgardo y yo bajamos como arañas por los muros laterales del río Arno aprovechando que el caudal no era muy grande y nos instalamos en la fresca sombra, nos sentamos sobre piedras, metimos los pies en el agua y nos dispusimos a dibujar el Ponte Vecchio, con todo y los turistas que desde él nos señalaban. Allá a lo lejos se alcanzaba a ver la torre esbelta del Palacio Viejo, como una

acuarela húmeda y difusa en tonos violeta. Más que dibujar platicábamos, porque Coghlan, además de ser buen conversador, tiene una gran cultura y cada vez que mete los pies en el agua, la saca a relucir. Recordamos veinte años de dibujar juntos. De aquella lejana mañana que me presenté en su estudio de Mixcoac y me tiré al suelo para pedirle que me enseñara a pintar a la acuarela, hasta hacía un par de meses en que en Londres, sentados en la banqueta de Regent Street, dibujamos una casona llena de fantasmas.

En la National Gallery me conmoví al verlo llorar de emoción ante su primer encuentro con Rembrandt, y después de permanecer toda la mañana frente a sus autorretratos, no pudimos hablar durante el resto del día.

Entonces era diferente, ahora lo que no podíamos era dejar de hablar mientras dibujábamos desde el río. Terminamos nuestro trazo a lápiz y nos dispusimos a pintar a la acuarela; sacamos agua del río para mojar el papel y empezamos a colocar un color sobre otro con el pincel empapado, de tal manera que un color ya mezclado en la paleta se fundía en húmedo con los que habíamos venido aplicando en el papel y empezaba a aparecer una gran riqueza de

matices. La humedad del ambiente hacía que el papel no secara nunca y así seguíamos coloreando hasta el infinito. Estábamos felices de aprovechar ese extraño comportamiento de la humedad en el ambiente.

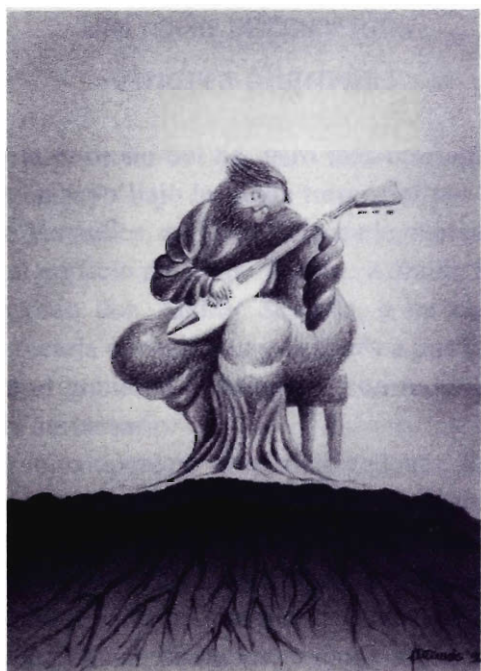
Cuando los ocres de los muros se empezaron a teñir de rojos encendidos, interrumpimos nuestro trabajo, escalamos de nuevo el muro lateral del río alisado por mil años de grandes avenidas y caminamos sin prisa, cruzamos el Ponte Vecchio lleno de música y de fiesta, llegamos a la Plaza de la Señoría y nos sentamos a tomar una copa de vino en la *Revoire*.

La interminable conversación siguió, pero ahora el tema era el de los retratos de mis hijos, que él les acababa de pintar unos días antes. El de Leo, una luminosa mirada en la acuarela y el de Brenda, un retrato leonardesco con esa insinuante sonrisa y a lo lejos el paisaje de Florencia lleno de cipreses. Resumían lo asimilado durante un par de meses en los museos florentinos y las lecciones de pintura recibidas frente a las obras de Leonardo, en la Galería de los Uffizi.

En ese momento nos destaparon otra botella de un vino Brunello di Montalcino y dentro de su aro-

ma pasamos revista a las esculturas de la plaza, viajamos quinientos años en el tiempo y nos convertimos en escultores para mejor analizar y sentir las caricias sobre el mármol. Los verdes ojos de Edgardo se hacían cada vez más penetrantes.

Ya de noche subimos al autobús número 7 para regresar a casa, gozamos de un sinnúmero de vistas diferentes que desde la sinuosa subida a Fiésole nos brindaba la historia de Florencia. Al entrar al vestíbulo nos recibió el perfume de una pasta cocinada con amor y con almejas. La mesa ya estaba dispuesta en la terraza y la vista coronaba todas las que habíamos disfrutado en la subida. Nuestra casa tenía —y sería impreciso no decirlo— la mejor vista de Florencia. Ahí en compañía de Mori, la esposa de Edgardo, de Corazón y nuestros hijos, gozamos de una cena y de un panorama que ahora, diez años después, mi paladar se hace ojos para recordar.



UNA NOCHE DE CONCIERTOS

Andrés Segovia

Corría el otoño del 84, pero más corríamos Co-
crazón y yo bajo la lluvia torrencial por la ave-
nida de Versailles, en París, brincando charcos, para
llegar al edificio de Radio France, a donde nos ha-
bía invitado don Andrés Segovia, a un concierto
que se tocaría en su honor y después a una ceremo-
nia que el gobierno le brindaba, con motivo de su
noventa aniversario.

A lo lejos apareció el edificio redondo ilumina-
do, cruzamos entre los coches embotellados en la
Place Ader y llegamos por fin, aunque empapados,
al vestíbulo de Radio France, quince minutos tarde;
pero como felizmente también la lluvia había retra-
sado a los demás invitados, todavía algunos falta-
ban por llegar.

Pasamos a la sala de conciertos y nos acomoda-
ron junto a nuestro amigo el compositor Alexandre
Tansman, Sacha como le decíamos nosotros. Está-

bamos detrás de la fila donde se encontraba Segovia con los representantes oficiales del gobierno francés y el cuerpo diplomático.

Saludamos con cariño a los dos músicos; Sacha nos dijo que al terminar, fuéramos a su casa para secarnos y calentarnos con un cognac, aprovechando que él vivía muy cerca de ahí.

Se apagaron las luces al tiempo que salía el maestro de ceremonias para anunciar que se tocarían tres conciertos para guitarra y orquesta, dos de ellos estrenos mundiales, en homenaje al maestro Andrés Segovia; fueron interpretados por connotados guitarristas.

El primero en aparecer fue nuestro amigo el guitarrista y compositor cubano Leo Brouwer, quien antes de comenzar le dirigió unas palabras, en español, al maestro: “Gracias a la gran labor que usted ha hecho por la guitarra clásica en el mundo, estamos aquí reunidos para gozar de este momento musical”.

Lo felicitó por sus noventa años y le agradeció su presencia.

Tocó espléndidamente su propio concierto acompañado por la orquesta de Radio France.

Después, el guitarrista Álvaro Pierri estrenó un

concierto que a mí me pareció tan largo como malo y para no aburrirme saqué mi lápiz y empecé a dibujar sobre el programa de lujo. Cuando terminó se escucharon pocos aplausos y por supuesto no fueron míos, pero tampoco de Segovia.

Luego se presentó el magnífico guitarrista y amigo nuestro Roberto Aussel, para estrenar otro concierto. Al igual que el anterior, era música de “vanguardia”, con poca inspiración y mucho ruido; tampoco me gustó, continué dibujando. El tiempo que se atrancaba en otras mentes, pasó volando por mi cuaderno.

Se encendieron las luces y nos encaminamos al vestíbulo. La mayoría del público estaba supuestamente muy complacido por los conciertos que acabábamos de escuchar. Corazón y yo nos acercamos a Segovia y cuando me preguntó qué me habían parecido, saqué mi dibujo que representaba un grupo de gente dormida alrededor de un guitarrista y se lo mostré. Soltó una sonora carcajada, se dio media vuelta y aún riendo, le fue enseñando mi dibujo a todo mundo, diciendo que a él también le había parecido así. Más tarde lo dobló y se lo guardó. Después de unos minutos, subimos al salón de recepciones del mismo edificio a tomar unos bocadi-

llos y un vino de honor; además, el gobierno francés le otorgó al maestro Segovia una muy merecida condecoración.

Desde lejos, yo veía cómo el maestro volvía a sacar mi dibujo y lo enseñaba. Sólo pudimos conversar con él pocos minutos, porque esa noche estaba muy requerido.

Antes de salir nos reunimos con nuestro amigo Tansman quien nos dijo que le había platicado a Segovia que iríamos a su casa a secarnos (aunque ya para entonces estábamos secos) y a tomar un café con cognac, y él también se había animado a venir con nosotros, lo que nos llenó de gusto.

Viajamos los cuatro en la limosina de Segovia, recorrimos las tres cuadras que nos separaban de la casa de Sacha, en el número 3 de la rue Florence Blumental. Bajamos del automóvil y caminamos a su pequeño departamento en la planta baja. Tansman sacó su llave y abrió la puerta, con mucho cuidado, como todo lo que él hacía. Luego describió la gruesa cortina de terciopelo verde con la que se aislaba del ruido exterior y entramos en su pequeño estudio, en donde el piano ocupaba la parte principal. Nos sentamos y de nuevo brindamos por los noventa años de nuestro querido amigo.

Sacha, quien vivía solo, ordenó por teléfono la cena al restaurante oriental Man-Chun de la avenida de Versailles en donde era asiduo cliente.

Empezamos por hacer recuerdos de lo aburrido del concierto y de mi dibujo explicativo. Segovia le prometió a Corazón hacer el prólogo para el libro que ella estaba terminando de escribir, del compositor Mario Castelnuovo-Tedesco. Y nos ofreció invitarnos para escucharlo, cuando tocara cerca de México.

Yo miraba las paredes tapizadas con mil fotografías, en muchas de ellas aparecían los dos músicos amigos, juntos en su juventud.

En otro muro mis dibujos estaban cerca de los de Chagall, Miró y Ruoault. Permanecí en silencio, escuchando la conversación de los tres músicos, Segovia, Corazón y Sacha, este último sacó la partitura de su última obra para guitarra, su segunda Mazurka, dedicada a Corazón. Se la dio a Segovia, quien mostró su pesar por no tener a la mano una guitarra para poder tocarla, pero Sacha le hizo ver que Corazón había dejado la suya la tarde anterior en que había ido a interpretar la pieza. Corazón abrió el estuche y le ofreció su Friederich a Segovia, pero él le dijo:

—Primero déjame escucharla de tus manos, tú que ya la has estudiado.

Sólo yo noté el tremor en la espalda de Corazón, quién con gran aplomo tocó deliciosamente la Mazurka. Al terminar, nuestros tres aplausos eran mucho más nutridos que los que habíamos escuchado en la sala de conciertos momentos antes. Corazón le ofreció de nuevo su guitarra a Segovia, quien tocó leyendo los primeros compases de la obra y prometió a Sacha y a Corazón que la pondría en dedos para sus próximos programas. Prefirió tocar la primera Mazurka, que Sacha le había dedicado a él en 1926. Después interpretó la dulce *Barcarola* y terminó con la *Berceuse d'Orient*, todas ellas obras de Sacha.

Me transporté a otro mundo, temblando de emoción al estar presente en un momento de la historia. Corazón le pidió al maestro que tocara algo de Ponce y de inmediato empezó a interpretar el primer movimiento de la *Suite en La* y más adelante la *Sonatina Meridional*... En fin, se fue el tiempo, pero el placer permaneció en nuestros corazones.

Ya en México, recibí una carta que me envió Segovia desde Madrid el 10 de enero de 1985, en la que me decía:

Le ruego que influya usted en la generosidad de Corazón para que me perdone la tardanza en que incurro acerca del prólogo sobre Castelnuovo-Tedesco.

Cuando me pongo a escribir, borro más de lo que escribo y así me lleva mucho tiempo (que me falta), el completar a mi gusto, lo que quiero expresar. Ahora podré poner, rápidamente sobre blanco, breve nota de admiración y afecto sobre Mario.

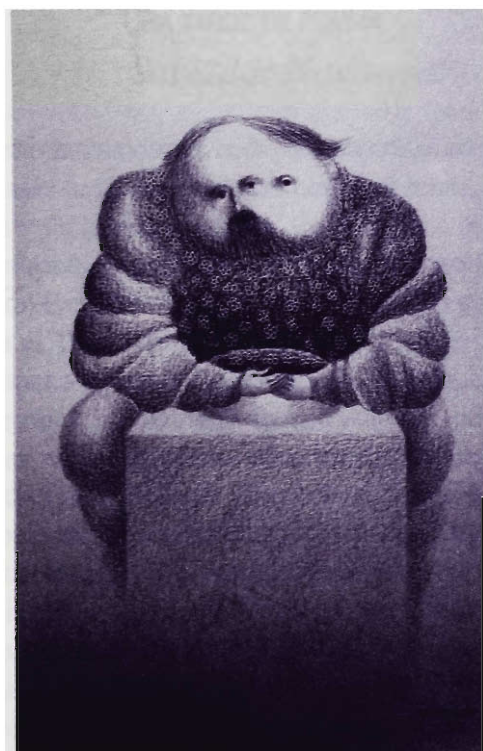
Tocaré en Pasadena California el 6 de marzo y el 10 en Los Ángeles, me aposentaré en el Willshire Boulevard Hotel, serán ustedes mis invitados. Abrazos para Corazón y para usted. Cordialmente, Andrés Segovia.

Por demás está decir que aceptamos la invitación y pasamos una semana deliciosa, con el maestro. El día ocho, cumpleaños de Corazón, festejamos los tres con una cena de manteles largos en el lujoso restaurante del hotel.

Escuchamos los dos maravillosos recitales y al despedirnos, Segovia, quien conocía bien mi obra, me entregó esta frase escrita con su espléndida caligrafía:

Sr. Pereznieto, querido y admirado artista. Tiene usted poesía en la mente y dedos obedientes para los matices de luces y sombras en sus dibujos.

Andrés Segovia.



UNA TARDE DE POESÍA
Salvador Novo

Como tantas otras veces, estaba entusiasmado de pasar toda una tarde de plática intensa, de leer poesía y de hacer recuerdos. Cada visita a Novo me abría nuevas puertas hacia el conocimiento de la literatura. Esa tarde fui a visitar a mi amigo a su estudio en el Teatro de la Capilla, en Coyoacán. Toqué la campana y, como de costumbre, los primeros que acudieron a mi llamado fueron sus dos perros iscuincles negros, pelones, silenciosos, con largas lenguas de color ardiente colgándoles a los lados de sus hocicos. En seguida llegó Delfino, el mozo, para abrir la reja. Me entretuve un rato en jugar y acariciar a los animales que ya eran mis amigos mudos. No sé por qué les está vedado ladrar como a cualquier otro perro.

Subí rápido las escaleras y Salvador ya me esperaba en la puerta de su estudio. Nos abrazamos y al entrar admiré durante un largo rato, uno por uno,

los desnudos que Unzueta dibujara el siglo pasado y que pendían de la pared. Estudios anatómicos masculinos, muy académicos, preciosos. Era yo, según decía, el único que me detenía a mirarlos y remirarlos. Las demás personas apenas y los veían de reojo, se sonrojaban y no volvían a levantar la vista a las paredes. De esta calidad de estudios académicos masculinos, sólo había visto otro de igual belleza, aquél de José María Velasco colgado en el Museo Nacional.

Nos acomodamos sobre sus delicados muebles de terciopelo rojo. A un lado estaba el escritorio Luis xv, cargado de libros. Nunca supe por qué no cedían sus delgadas patas curvadas ante tanto peso. Todo el decorado tenía un exquisito gusto, casi femenino. Su enorme *Diccionario histórico-geográfico de México* ocupaba su lugar junto al antiguo teléfono negro. Novo era el Cronista de la ciudad de México y cuando lo llamaban para consultarle algo, no tenía más que abrirlo y dar de inmediato su respuesta precisa.

Esa tarde, Salvador y yo recordamos las interminables caminatas que hacíamos por Coyoacán, cuando él me mostraba una por una las casas valiosas de la calle Francisco Sosa y de los callejones vecinos

tratando de convencerme para que los dibujara y después hacer un libro que él me prologaría. Levanté la vista y vi el volumen en el librero junto al otro que también me prologó, el de dibujos del centro de la ciudad.

Durante esos paseos, me di cuenta de lo mucho que las personas que nos encontrábamos al paso, lo admiraban y querían. Tanto, que ya para entonces, la calle de su casa llevaba su nombre. Era una de las principales personalidades de Coyoacán.

Salvador me platicó una anécdota de él con Celestino Gorostiza, quienes habían sido amigos desde los años veinte en el teatro Ulises y siempre rivalizaban en lenguaje:

Cuando Novo dejó el puesto de director del Departamento de Teatro en Bellas Artes, Celestino lo sucedió y le dijo: —Se acabaron las *novatada*. A lo que Salvador le contestó: —Y ahora empieza el *celestinaje*.

Entre un recuerdo y otro, Salvador iba recibiendo a los más disímolos personajes: desde titiriteros y payasos que le imploraban su apoyo para obtener permiso de actuar en las plazas públicas; historiadores en consulta; jóvenes poetas que deseaban conocerlo y mostrarle sus trabajos, hasta políticos en

busca de frases célebres para immortalizarse en sus discursos. Él los atendía con paciencia, siempre se interesó por su pueblo. A los sesenta y cuatro años cumplidos, aprendió náhuatl.

Cuando entraban esos personajes, yo permanecía como un lejano espectador que ve una película surrealista: distante, pero fascinado.

Apenas nos quedábamos de nuevo solos, su diligente mozo nos volvía a ofrecer buen café con deliciosas pastas.

Recuerdo el día en que un conocido locutor de televisión fue a visitarlo y le pidió que cada semana platicara unos minutos en su noticiero, lo que Salvador aceptó encantado. Cuando le grabaron su primer programa, se vistió con elegancia, de negro impecable, y leyó correctamente su texto. A los pocos días regresó el locutor para sugerirle que, como la televisión ya era a colores, le gustaría que se vistiera menos serio. Salvador no perdió la ocasión para jugarle una broma y al siguiente programa se presentó vestido con un horrible saco a cuadros rojos y verdes, corbata de moño azul y se ciñó su mejor peluca anaranjada. El locutor, al darse cuenta de que había caído redondito, primero se sonrojó y después explotó en sonora carcajada. Y antes de

partir le dijo a Novo que podía seguir vistiéndose de negro.

Le pedí a Salvador que retomara la lectura de su poema a los nombres de las flores, que aún hoy sigue siendo uno de mis favoritos. Novo leía con voz pesada y firme:

Lo menos que yo puedo
para darte las gracias, porque existes
oh flor, milagro múltiple,
es conocer tu nombre y repetirlo...
¿Qué licor impalpable
brindan, alto Alcatraz, tus copas blancas?
¿Qué cielo multiplicas, Agapando,
cuando rindes la nuez de tu universo
desde el brazo tendido de tu tallo?

Yo lo escuchaba embelesado, porque además de lo mucho que me gustaba el poema y de que a través de él aprendí a llamar por su nombre a las flores que ni siquiera conocía, tomaba conciencia de que estaba frente a su autor, uno de los mejores poetas que ha dado nuestro país. Eran momentos que se grababan con letras de oro en mi historia personal, enriqueciendo mi vida.

Una vez más, Delfino rompió el encanto para anunciar a un empleado del Departamento Central que venía a cobrarle. Como Salvador no tenía ninguna intención de pagar y al mismo tiempo lo debía recibir, con la sagacidad que lo caracterizaba, en seguida ideó un plan perfecto. Cubrimos todos los sillones con tomos pesados, sólo dejando libre el asiento junto a él, en el pequeño sofá a dos plazas y una silla al frente, en la que yo me senté, de la que ni me levanté para saludarlo, como Novo me lo había aconsejado. Apenas entró el visitante, “los encuerados de Unzueta se le echaron encima”, los miró de reojo, se puso bien colorado y ya muy turbado tomó asiento donde se le indicó e inmediatamente Salvador se sentó junto, casi aplastándolo, al mismo tiempo que empezó a contarnos uno de los últimos chismes de la alta sociedad, con el objeto de no dejarlo hablar. Después, con su enorme zapato, que más bien parecía un estuche de violín, Novo comenzó a acariciarle la temblorosa pantorrilla al susodicho. Los colores del rostro del empleado cambiaban como semáforo a media noche. Cada vez se veía más pequeño y abrumado, hasta que no pudo más y salió corriendo, abrazando sus papeles, sin acordarse de hacer el cobro.

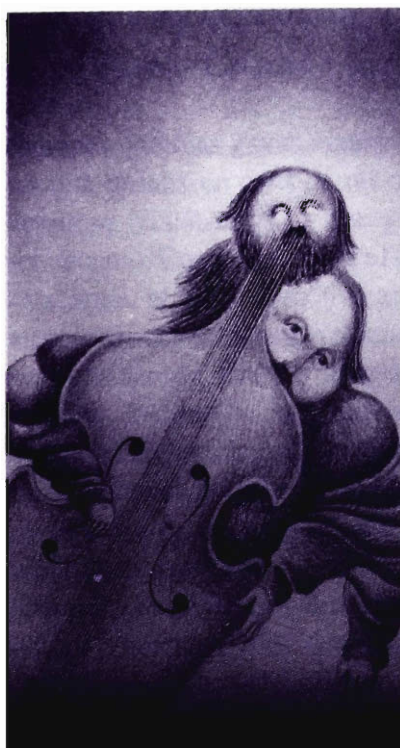
Nos reímos tanto, que Novo tuvo que solicitarle al mozo que le trajera su pequeño tanque de oxígeno, como hacía cada vez que se agitaba demasiado, para regularizar su respiración. Padecía desde hacía años de enfisema pulmonar.

Tantas veces platicamos —días, horas, auroras y alegrías—, el tiempo no pasa en el recuerdo.

Cuando murió el gran poeta y amigo, fue un golpe muy triste para mí.

Recibí como herencia uno de sus dibujos de Unzueta, que tanto me gustaban. Ahora lo tengo colgado en mi estudio, junto a la frase final del primer texto que me escribió, con su inconfundible tinta verde:

Para el Cronista de la Ciudad de México es un grato privilegio presentar y elogiar la crónica gráfica que debemos al lápiz amoroso del arquitecto Fernando Pereznieto.





2893638

AVENTURAS EN VERACRUZ

Pablo Casals

Las vacaciones que más gozaba cuando era niño Leran las que pasaba en casa de mi tío Vicente Melo en Veracruz. Viajábamos en tren y desde ahí empezaba el encanto. Corríamos hasta el cabús para ganar la plataforma, el único balcón al aire libre en el largo ferrocarril, desde donde veíamos juntarse los rieles en el horizonte. Éramos amigos de Crescencio y Melchor, los *porters*, con quienes jugábamos a la baraja. Al llegar a la casa de mi tío, sellaba un pacto indisoluble con mi primo Guillermo, quien era fuerte y robusto, de mi misma edad y siempre dispuesto a entrar en aventuras.

La biblioteca de su padre nos abrió las puertas a lo desconocido. Visitamos islas desiertas y países lejanos. Ávido y precoz lector, Guillermo me introdujo al mundo de Salgari, Verne y Stevenson. Y lo que es más importante, puso en mis manos y en mis ojos la pasión por la lectura. Combinábamos nues-

tros juegos y nuestros libros en una perfecta simbiosis. *Dos años de vacaciones*, de Julio Verne, quedaban vividos con intensidad en dos meses de vacaciones nuestras. A *La isla del tesoro* la recorríamos, paso por paso, en la isla de Sacrificios, frente a la costa de Veracruz, a donde nos llevaba el lanchero por las mañanas y nos recogía por las tardes. Quedábamos completamente solos todo el día, a excepción del viejo guardafaros. Nos convertíamos en Sandokan para rescatar princesas. Vivíamos un mundo lleno de imaginación y de lectura.

La casa en Mocambo estaba situada en medio de una extensión de arena interminable, que le daba, a nuestros ojos, la situación de una fortaleza beduina. Los árboles y arbustos de los alrededores los habitaban grandes iguanas con crestas de colores, que de pronto se convertían en dragones con los que teníamos que luchar, para rescatar alguna bella mujer encadenada.

Junto a la biblioteca se encontraba la sala de conciertos donde por la noche, mi primo y yo, solos, representábamos las obras de teatro más alucinantes.

Un huésped aparecía cada año a pasar una temporada con nosotros. Era un viejo amigo de mi tío,

tan calvo y tan bajo de estatura como él. Llegaba con un gran estuche negro de donde sacaba su violoncello de madera del color de los mayates, con los que jugábamos amarrándolos de una pata.

Él de inmediato se instalaba sentado al centro del escenario de la sala de conciertos a preparar su música. Al medio día le llevaban de comer a ese mismo lugar y sólo de noche se levantaba para ir a cenar al comedor con todos nosotros. Era cuando desplegaba sus dotes de conversador infatigable.

Al caer el sol, mi primo y yo regresábamos de nuestras diarias aventuras en las rocas de la isla, cargados de cangrejos ermitaños, lagartijas y demás bichos raros; entrábamos directamente a la sala de conciertos, de donde provenían las incansables notas del cello y nos sentábamos, bien callados, a escuchar.

Cuando el músico terminaba de estudiar, alzaba la vista y nos descubría. Entonces nos llamaba para que le mostráramos nuestro singular cargamento y le platicáramos con detalle, cómo habíamos cazado vivo cada animal.

Ya de noche, alrededor de la mesa, contaba nuestras andanzas, tan corregidas y aumentadas que hasta a mí me parecía estar viviendo un nuevo cuento.

Después de los deliciosos postres y envueltos en el aroma del café, fijaba la fecha del concierto y desde ese momento nos dedicábamos a ayudar a los grandes para tener todo listo para el gran día, en que la casa se convertía en un hormiguero: entraban y salían hombres cargados de bultos, barriles y cajas de refrescos. En la cocina se veía a las mujeres desplumando gallinas, aliñando tortugas o desescamando pescados para la succulenta cena.

Los invitados empezaban a llegar desde temprano, muy elegantes, con sus impecables guayaberas blancas. A nosotros nos obligaban a vestir pantalones largos y camisas recién planchadas. El último en aparecer era siempre, el Gobernador con su familia.

Llegado el momento, se apagaban las luces, se iluminaba el escenario y se detenían los abanicos. Salía Pablo Casals cargando su enorme instrumento, tomaba asiento en el centro del más profundo silencio, se colocaba el cello entre las piernas y con el arco empezaba a acariciar las cuerdas que emitían su ronca voz envolviendo el ambiente.

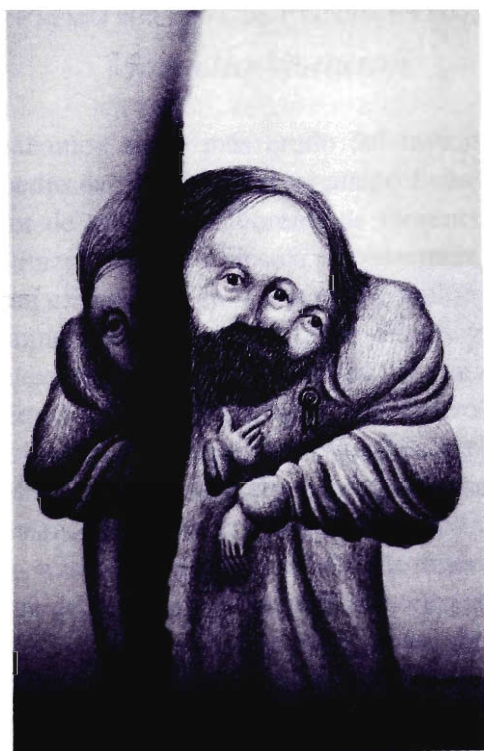
En las obras que yo conocía, de tanto oírlas ensayar, adelantaba los sonidos en mi mente, esperando las bellas notas. Escuchando, me transportaba hacia mundos maravillosos y percibía que mi vida podría

enriquecerse si participaba más a menudo de estos momentos mágicos.

Sentía que flotaba en el aire y mi ser se ensanchaba para llenarlo todo. Era como estar en otro estado de conciencia, tan pleno, que desde entonces quise encontrar la manera de perpetuarlo.

Pasaron los años y cuando me casé con Corazón, proyecté nuestra casa como una sala de conciertos. Así surgió su forma extraña y sugestiva, con el tiempo aprendí que la música de cámara fue escrita para escucharse de cerca, en estrecha comunicación.

Ahora, cada vez que escucho uno de nuestros conciertos, percibo en el ambiente, mezcladas con los sonidos, las notas roncadas del cello de Casals, quien, sin saberlo, le dio origen y vida a nuestra sala.



PREMIO NACIONAL DE PINTURA EN ITALIA

Marcello Venturoli

Estábamos en lo más crudo del invierno y en medio del frío invité a mi amigo Enzo Masini, director de la Galería Teorema de Florencia, a comer a nuestra casa en Fiésolo para después llevarlo a ver mi exposición, en la Casa del Pópolo.

Caminamos conversando, entre el gris y el frío, envueltos por la niebla. A la mitad del camino, nos detuvimos a tomar un café para que nos volviera el alma al cuerpo. Retomamos el ritmo de nuestra respiración porque el trayecto era largo y escarpado. Ahí mismo Enzo me invitó para que enviara algunas de mis obras gráficas a la FERIA Internacional del Arte de Bari, una de las más importantes y concurridas del mundo, donde los pintores robustecen sus contactos con otras galerías, editores y críticos. Por lo que acepté con gusto.

Pasaron algunos días, Enzo regresó de la FERIA y me llamó para informarme que a su galería había

llegado una carta para mí. No le di demasiada importancia y a los dos o tres días, bajé de Fiésolo a Florencia. Leí la carta, sin conocer el nombre del que la firmaba, Marcello Venturoli, que decía más o menos así:

Roma, 21-3-84... Regreso de la Feria del Arte de Bari, en donde tuve la oportunidad de ver más de cuatro mil obras y ahí, sus magos rojos estampados en un aguafuerte, me salieron al asalto para pedirme que me hiciera presente con el autor. Creo que a su obra se le debe prestar mucha atención...

Se la di a leer a mi galerista, y en seguida, nerviosamente me informó que se trataba de uno de los críticos de arte más importantes de Italia, por el que los pintores más renombrados se desvivían para que él se dignara mirar sus trabajos.

Enzo y yo reunimos una serie de catálogos, libros, revistas y fotografías con mi obra y enseguida se los mandé a Venturoli a Roma, junto con una carta de agradecimiento por su distinción.

Su respuesta no se hizo esperar:

Ostia, 29-4-84. Querido Pereznieta: Recibí el material que gentilmente me envió y le agradezco los bellos libros en los que de inmediato ya se puede apreciar su alma como manantial inagotable en las fi-

guras, en las hipótesis escénicas, en los grotescos, en las referencias con el pasado. De Bosch a Goya, de Daumier a Ernst. Pero hay en usted una carga popular, picaresca, de bella evasión y feliz hipérbole, donde la pintura se enlaza a la ilustración, la fantasía al folclor. Sin duda, como ya le había anunciado, me gustaría escribir sobre usted algún texto orgánico... Música y fábula, una música de brujería y una fábula con nuevas "morales", el tema del amor y del sexo, el de los instrumentos musicales y el de los aparatos fantásticos; el tema de Florencia vuelta a soñar, ya no como un museo exterminado, sino como el armoniosísimo bosque humanístico donde usted encuentra figuras y personajes, flores y edificios... Pero ve, querido Pereznieto, usted me hace soñar en palabras, del mismo modo que su mundo figurativo y en esta dirección no sabría detenerme nunca...

Me percaté de que su carta era ya casi un cuento fantástico, de que estaba motivado y yo feliz. Temblando de emoción le contesté enseguida invitándolo a Fiésole a pasar unos días con nosotros y así, viendo mis originales, me escribiera la presentación de mi próxima exposición en Florencia, a la que me proponía llamar: Caprichos Florentinos.

Él me respondió desde Ostia el 20 de mayo:

“Queridísimo Pereznieto: Recibo desde Fiésole su cariñosa carta y le contesto de inmediato que estoy feliz de ir a conocerlo para escribir sobre su próxima muestra que tendrá en septiembre en la Galería Teorema de Florencia... Espero poder lograr algo bueno y útil para su arte...”

Marcello llegó una mañana de verano, después de haber asistido a la Bienal de Venecia, y nuestra primera mirada se convirtió en abrazo. Convivió con nosotros por tres días en los que revisó mis obras, mis apuntes, mi mundo, y por las noches, después de cenar, escuchó las notas de la guitarra de Corazón, quien le brindó dulcemente sus mejores interpretaciones. Él, de ochenta y cinco años, todo vibración, lloró emocionado.

Tomó apuntes al vuelo, y otra mañana, ágil, como había llegado, se fue, dejándonos un enorme vacío.

Una semana después de su partida, me llegó por correo certificado y urgente, su poético escrito, de valor inestimable:

“...Porque para el artista mexicano la experiencia florentina es fundamental, lo más importante es el estar ahí con todos sus sueños y pensamientos que se convierten en comedia o ballet, como la atmósfera de su casa se llena de continuo con las notas de

la guitarra, probadas, interrogadas por la esposa con cara de dulcísima azteca... El hecho poético es que no hay una malicia en los músicos que tocan los instrumentos eróticos, sino en el pintor que los convierte en carne, miembros y eje corporal, mientras viene tocando un laúd, un violoncello, un trombón... Es en esta fantasía onanístico-instrumental el más grande Pereznieto, que hace más humano al personaje musical y acerca la presencia de aquel binocular invertido, de aquella especie de complejo de culpa de sus sueños; el rojo de su librea se convierte en un hábito bien adherente y severo, los polibrazos pellizcan las policuerdas, los poliarcos se mueven en todas direcciones como sombras de meridiano, un lento frenesí anima y mueve el mecanismo de fantasía, se oye una música de resonancias y truenos, confusa y armoniosa; todo se entrelaza en la imagen final del cuadro, trompetas, cuerdas, nalgas, capuchones, arcos sobre el céreo velo de carnes femeninas, ¿cómo no citar aquí los deliciosos, frenéticos *Pecados de San Fernando*?...”

Un mes más tarde, en julio, me llegó una invitación para participar por el Premio Nacional de Pintura, que decía más o menos así:

Marcello Venturoli, ilustre miembro del jurado, nos

señala su nombre para invitarlo a participar en el concurso de 1984, por lo que le estamos enviando el reglamento respectivo.

De inmediato me desconecté mentalmente de la exposición que estaba preparando, y mi espíritu entró de lleno al tema que me pedían para el concurso y pinté apasionadamente a una pareja erótico-musical en estrecho y sonoro abrazo. Esperé a que seca para poder empaquetarlo y lo llevé volando al correo de Fiésole. Mis amigos carteros lo pesaron y midieron y me notificaron que era demasiado grande para poder ser enviado. Les comenté de qué se trataba y lo importante que era para mí el participar por el Premio Nacional, hasta que logré convencerlos y lo aceptaron.

Entré de nuevo al mundo de mis sueños y seguí pintando alucinado.

El 17 de septiembre, apoyado con el texto de Venturoli, inauguré mis Caprichos Florentinos en la Galería Teorema de Florencia con un éxito rotundo.

Unos días después partí con mi familia hacia la ciudad de Alessandria, donde Corazón estaba invitada como miembro del jurado del concurso de guitarra. Regresamos a Fiésole un sábado después del medio día. Entramos en la casa y tomé la corres-

pondencia; encima había varios avisos que anunciaban la llegada de un telegrama. Volé al correo a sabiendas de que por ser sábado estaría cerrado ya, como en realidad lo encontré, pero aun así, toqué fuerte con mis puños sobre la cortina de fierro y al cabo de un rato me abrió un amigo que reconociéndome, me dijo que desde hacía tres días había llegado un telegrama y que nadie había abierto la puerta de mi casa.

—Debe ser del concurso —me dijo al tiempo que me lo daba. Los demás carteros se habían acercado y se situaron detrás de mí, sin ningún recato, para poder leer al mismo tiempo que yo.

Lo abrí tembloroso y leí emocionado que me habían otorgado el Primer Premio, les pasé el telegrama, brinqué de felicidad, me levantaron en hombros y me llevaron al bar más cercano a destapar una botella de espumante; alzando las copas, con orgullo me dijeron:

—Es la primera vez que un fiesolano gana el Premio Nacional de Pintura.



UN CUENTO DEL MÁS ALLÁ

El Paparruga

Decidí mostrarle mi mundo de fantasmas al Paparruga, así le decía yo. Era un hombre cincuentón, delgado, fuerte, serio, bien parecido, buen conversador y prematuramente arrugado. Con él me llevaba muy bien y platicaba largamente, siempre con el debido respeto que un joven de quince años siente por una persona mayor, sobre todo cuando se trata del padre de sus amigos más entrañables.

Por las noches era muy frecuente que el Paparruga me pidiera que lo acompañara a pasear al Rex, su pequeño perro pastor alemán (que nunca alcanzó la estatura de adulto), para poder conversar largo rato. Lo que con una vuelta a la manzana hubiera bastado, a nosotros nos tomaba horas de nutrida conversación. Una de esas noches en que caminábamos alrededor del arbolado parque de la Lama, nuestro paseo se había alargado más de la cuenta porque el Paparruga, a quien todo le interesaba, no

daba crédito a lo que yo le estaba contando acerca de mi más reciente experiencia espiritista, medio en el que a pesar de mi corta edad tenía ya una larga experiencia por haber asistido a innumerables sesiones, todas ellas muy gratificantes; pero aquella noche, al salir de la reunión, sentí la necesidad de contarle lo ocurrido al Paparruga y fue más o menos así:

“Estaba yo sentado, como de costumbre, en una de las sillas que rodeaban la mesa redonda llena de flores, papel, lápices, una jarra de agua y algunas otras cosas, tomado de las manos de mis vecinos de silla; éramos unas ocho personas, algunas de ellas prominentes intelectuales, además de Luisito el poderoso médium, un gordo y lisiado velador del Monte de Piedad, quien ya había caído en un trance profundo. Nos encontrábamos encerrados a piedra y lodo en el pequeño cuarto de muros gruesos, sin ventanas.

Cuando apagaron las luces, la oscuridad no podía ser más completa, sólo se percibía el perfume de las flores. Me volví hacia todas partes tratando de fijar mi vista en algo, pero mirar en la oscuridad completa es como ver hacia adentro. Después de unos minutos de cierta tensión, apareció un punto lumi-

noso en continuo movimiento, no era más grande que el que produce un cigarro encendido, pero de entonación verde, como de fósforo. Inmediatamente mi atención se fijó en él y sentí una profunda tranquilidad. La luz empezó a tratar arduamente de darse fuerza para poder formar su cuerpo; entonces empezaron a distinguirse luces más tenues junto a ella y descubrí que eran las puntas de unos dedos que a su vez iluminaban ya las palmas de sus manos, y más adelante se acercaron a su rostro para que lo viéramos, era barbado con luminosidad más escasa. En ese momento todos reconocimos al querido maestro Joel Amajur, protector de nuestro grupo, lo pude apreciar en conjunto pues ya tenía una fuerza luminosa total; vi su ropaje blanco y su dulce rostro. Le pedí que nos dejara algún mensaje y lo escribió con el papel y lápiz que ahí había, al terminar se desplazó flotando alrededor y a través de la mesa, de un lado para otro, saludando a cada uno de los presentes y en un instante desapareció.

Entonces vino el “Botitas”, un fantasma juguetón que se complacía en desamarrarnos las agujetas de los zapatos y en hacer todo tipo de travesuras. Más tarde tuvimos a una princesa china ricamente enjoyada centelleando con el producto de su propia luz.

Pensé que la sesión había llegado a su fin, cuando sentí una fresca y reconfortante brisa cargada con aromas del bosque, al tiempo que aparecía una tímida luz que nunca logró su forma y a la que, como era usual, se le pidió que se posara frente a la persona con quien quería comunicarse. Sin titubeos se plantó frente a mí y enseguida, me hice conjeturas de quién podría ser, porque por ese entonces no tenía yo ningún muerto cercano, intrigado le pregunté quien era. Me contestó pausadamente que era Jorge. Yo no recordaba a ningún Jorge estaba concentrado cuando fijé mi vista en su luz que iluminó su dedo anular, traía un anillo de plata, boludo, de factura simple, se lo sacó y me mostró las iniciales grabadas por dentro, J.R., ni el anillo ni las iniciales me decían nada. Llegué a pensar que tal vez se había equivocado. Para despedirse me picó tres veces con el dedo en la parte izquierda del pecho. Eso fue lo que más me intrigó.”

Conforme avanzaba mi relato fui viendo que mis palabras infundían a mi compañero de paseo —el Paparruga— primero cierto interés aunque con escepticismo, y luego le fueron produciendo una gran perturbación. Cuando terminé, seguimos caminando en absoluto silencio, era más de la media noche

y sólo se escuchaba el canto de las estrellas. Al cabo de un buen rato, el Paparruga empezó a hablar con esa su voz ronca, cavernosa, de bajo profundo; encendió un cigarrillo, aspiró el humo que retuvo en sus pulmones por un rato y me dijo, aunque siempre hablando como consigo mismo:

—En mi juventud tenía yo un hermano muy querido que trabajaba en una ladrillera de nuestra propiedad, usaba un anillo de plata boludo, con sus iniciales que yo mismo le mandé grabar una noche lo asaltaron cuando regresaba de su trabajo y lo mataron con tres balas que le entraron por la parte izquierda del pecho y fueron a dar directamente al corazón, hace ya más de veinticinco años, se llamaba Jorge.

Sus palabras me sobrecogieron, sobre todo porque él siempre había sido un escéptico que pensaba, sin decírmelo, que cada semana me tomaban el pelo en las sesiones; sin embargo mi relato de aquella noche le había despertado un gran interés, porque él conocía mi total ignorancia de la existencia y desaparición de su hermano. Habíamos caminado por espacio de tres horas; cuando al fin llegamos a la puerta de su casa, me pidió que lo esperara, subió velozmente a su cuarto y regresó con el anillo de su

hermano, que guardaba con gran cariño. Constaté, un poco nervioso, que era igual al que acababa de ver.

El Paparruga, intrigado por lo acontecido en mi última sesión, me pidió asistir a la siguiente. Yo no podía invitarlo a la casa de mis amigos, cuyo grupo, formado por viejos políticos e intelectuales, era muy cerrado. Entonces se me ocurrió una idea trataría de convencer a un famoso cantante de ópera, italiano, y a su esposa, que eran parte de los frequentadores, para organizar otra serie de experiencias en su casa; a donde irían también el médium y un par de amigos. Una tarea nada fácil dados mis escasos quince años. Pero al fin, en un par de meses estuvo armado el plan y con gran entusiasmo se lo comuniqué al Paparruga. Me pidió permiso para invitar a otro italiano, un excelente violinista amigo de toda su confianza, aún más escéptico que él, si es que eso era posible.

Le di la dirección de la casa del cantante, un viejo edificio de la avenida Amsterdam, y los cité a las ocho de la noche del día siguiente. Llegué quince minutos antes y me sorprendió ver que ellos ya se encontraban allí. Hice las presentaciones y poco después llegó el médium; pasamos al cuarto que los anfitriones habían preparado especialmente con grue-

sos cortinajes en las ventanas y, como en la otra casa, más o menos la misma disposición de la mesa y las sillas, con la única diferencia de que éste era un viejo departamento de la colonia Condesa, con desvencijados pisos de duela que, con el solo hecho de moverse un poco en la silla, crujía lastimosamente, imprimiéndoles un factor más de miedo a los recién aceptados.

Esta vez hubo más dificultad para que el médium cayera en trance. Nos sentamos alrededor de la mesa, nos tomamos de las manos, se apagaron las luces y esperamos en la completa oscuridad. Al cabo de un rato, sin haber percibido ninguna luz, se escuchó claramente cómo se abrió la puerta del ropero que estaba en la habitación; luego, cómo un objeto era arrastrado; después se abrieron unos broches y finalmente se escuchó cómo afinaban un violín. En seguida empezaron a flotar, llenando la oscuridad, las melodiosas notas de una sonata de Paganini, que nos dejó a todos con un apacible encanto. Al terminar la música, se escuchó cómo el violín era guardado en su estuche, el ruido de los broches, regresado al ropero y cómo la puerta volvió a cerrarse.

Pasó un buen rato hasta que apareció una luz que poco a poco cobró de nuevo la forma tan querida y

conocida del maestro Amajur, quien con su cortesía habitual, saludó a cada uno de los presentes, siempre flotando a través de la mesa llena de flores y demás objetos. Llegó frente al Paparruga, quien estaba sentado a mi derecha, tomado de mi mano, estiró el brazo para atrapar el manto del protector, sentí cómo apretó el puño con fuerza para no dejarlo escapar, pero el personaje se alejó sin ningún esfuerzo, sin roce alguno entre la ropa y la fuerte mano. Amajur dijo unas palabras amables y unos minutos después desapareció. Entonces se presentó otro individuo que se materializó totalmente; era un ilustre abogado del siglo pasado, vestido de negro con corbata de moño y pequeños anteojos, estuvo también muy activo, pasando frente a cada uno de nosotros. Cuando llegó frente al violinista, le sirvió un vaso con agua y se lo ofreció; después de beberlo, el maestro le devolvió el vaso cerrando la mano como tenaza, con la firme intención de que el fantasma no pudiera quitárselo, pero como había sucedido anteriormente con la ropa, se lo llevó sin ningún esfuerzo. Porque mi amigo y el violinista habían asistido no sólo como cazafantasmas, sino para descubrir el “truco con el que me habían venido engañando durante los últimos años”.

Un momento después apareció una pequeña e incierta luz que se posó frente al Paparruga. Sintió cómo una recia mano de hombre le rozaba la mejilla con gran ternura, con un cariño tal que, como mi amigo afirmó después:

—Sólo mi hermano Jorge pudo acariciarme así.

El fantasma le mostró el anillo de plata que llevaba en uno de los dedos, como para que no le quedara ni la menor duda. Después se desplazó hacia la mesa, le escribió un mensaje y luego se desvaneció en la profunda oscuridad, dejándonos a todos atónitos y satisfechos.

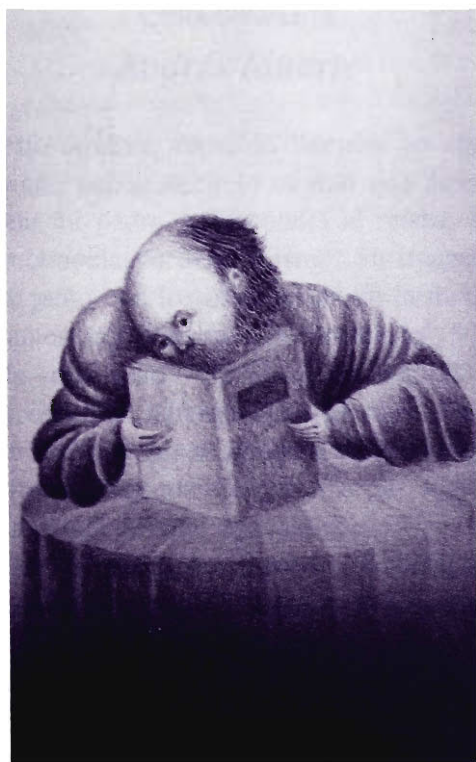
Se terminó la sesión, encendieron las luces y despertaron al médium. Después de unos minutos pasamos al comedor y nos sentamos a cenar, fue ahí cuando el Paparruga y el violinista confesaron que habían llevado el violín y, sin que nadie los viera, lo habían escondido dentro del ropero.

Más tarde, a la media noche, caminábamos por la colonia Nápoles, el Paparruga, el músico, el Rex y yo. Comentamos lo ocurrido, ellos se mostraban completamente emocionados y convencidos de haber vivido una experiencia sobrenatural. Me fueron confesando una por una las mañas que se dieron para descubrir “la farsa”: meterles el pie a los fantas-

mas para que cayeran, lo del violín, el atrapar sus ropajes, el no soltar el vaso, picarlos con alfileres, espolvorear talco en el piso y mil travesuras más de las que no me habían advertido previamente, por no haber confiado en mí, y cómo estaban sorprendidos de haber fracasado con todas ellas.

Estaban confundidos, lo único que habían sacado en claro era el mensaje que, frente a los ojos de todos, escribió el hermano del Paparruga: “Sigue adelante por el camino del bien”.

Mi amigo lo conservó siempre como una de sus más preciadas joyas.



OBRA COMPLETA
Andrés Iduarte

Del tío Andrés, como lo llamaba yo cariñosamente, puedo decir lo mismo que él escribió acerca de mi padre "...lo conocí al mismo tiempo que me conocía yo a mí mismo. Su imagen y su nombre, junto con los míos, están en la misma nebulosa anterior a la razón, a la conciencia".*

Desde muy niño veía yo al tío Andrés en las grandes comidas tabasqueñas que muy a menudo hacía mi madre y que se llenaban de parientes. Eran tan sabrosas y abundantes que mis tíos seguían viniendo a comer durante varios días.

El plato fuerte era, por supuesto, la tortuga —con la que convivíamos mis hermanos, mis amigos y yo durante una semana, y lo mismo la encontrábamos en el patio que nadando plácidamente en la tina del baño— cocinada en verde o en su sangre y acompa-

* Andrés Iduarte, *Semblanza de Leonel Pereznieta, Obras Completas*, tomo VIII, Editorial Joaquín Mortiz.

ñada de abundante caldo, arroz, puchero y plátanos fritos.

Desde entonces el trato afable y cariñoso de “mi tío” me cautivó.

Como él radicaba en Nueva York, apenas me enteraba de que se encontraba en México, lo buscaba, o lo veía en las raras ocasiones en que me escapaba a Nueva York y lo visitaba para platicar largamente, en su departamento que estaba en el piso 21 de la Cambridge House en el 333, del lado oeste de la calle 86, a unos pasos del Río Hudson, con vista a los edificios del centro de la ciudad.

Sus dotes de gran conversador fueron siempre, para mí, una delicia. Era emocionante caminar con él por los alrededores de la Universidad de Columbia, donde todo el mundo lo reconocía y saludaba con entusiasmo. Sólo así se explica el porqué, si pensó ir a Nueva York por una semana, se quedara cuarenta años, y por qué cuando se cumplieron éstos, los homenajes que le tributaron en su jubilación fueran tan importantes.

Cuando regresó definitivamente a México, pensó que sus amigos se volcarían hacia él y que seguirían festejándolo, pero desafortunadamente lo ignoraron casi por completo, y cayó en una profunda tristeza,

fue víctima de la “separación por las distancias de la urbe moderna, la carencia de transportes fáciles, el maquinismo, el smog, la prisa y todos los horrores que origina eso que llaman progreso”.

Yo lo visitaba de continuo, o Corazón y yo los invitábamos a comer a la casa a él y a Graciela su esposa, y pasábamos unas tardes llenas de recuerdos.

El tío Andrés llegaba siempre con su portafolios azul marino luciendo muy profesional, pero lo que en realidad cargaba era una buena botella de vino para que la bebiéramos con la comida, y sus calzoncillos largos de lana para ponérselos en caso de sentir frío a media tarde.

Cuando mi padre murió, me acerqué aún más a él, quizá buscando una sustitución de la figura paterna. Le pedí que hiciera una semblanza y escribió un texto de lo más bello y emotivo que coloqué como prólogo del pequeño volumen que edité con motivo del primer aniversario del fallecimiento de mi padre.

Mientras el tío Andrés trabajaba en ella, me di cuenta de que al volver a escribir retomaba su antigua personalidad y sus ojos brillaban de nuevo. Me llamaba por teléfono casi todos los días para leerme lo que había escrito. Al terminar me comunicó que

estaba escribiendo una semblanza mía, para que la usara como presentación de alguna exposición o como prólogo de algún libro.** Yo me sentí en las nubes. Cuando le dio fin y me la leyó, no cabía en mí de puro gusto.

Unas semanas después fui a visitarlo a su casita de la calle de Edimburgo y me lo encontré de nuevo triste en su sillón. Ya no tenía trabajo.

Entonces le propuse una idea que venía yo maquinando desde hacía varios días. Le dije:

—Deja ya de estar esperando la muerte sin hacer nada, ella te debe sorprender, y espero que dentro de mucho tiempo, entre un capítulo y otro de una nueva novela, o entre un volumen y otro de la revisión de tus obras; te propongo que te pongas de inmediato a ordenar toda tu obra y yo te prometo conseguir editor y financiamiento para publicarla. ¿Qué te parece?

Pasaron los días, pero él no me había tomado en serio, así que volví a insistir y le aclaré que yo ya había hablado del proyecto con mi editor y entrañable amigo Joaquín Díez-Canedo, y que si él me ayudaba, el financiamiento lo conseguiríamos con

** Prólogo a *El mundo mágico de Fernando Pereznieto*, Fundación Tabasco, Luis Donaldo Colosio 1994; y Andrés Iduarte, *Obras Completas*, tomo VIII, editorial del Gobierno del Estado de Tabasco.

mi amigo tabasqueño Manuel Gurría. Desde ese momento se dio perfecta cuenta de la factibilidad del plan y empezamos a revisar una gran cantidad de textos inéditos que junto con los ya editados nos darían como unos ocho tomos gruesos con su obra completa.

Con esto en mente, le propuse a Joaquín presentarle a Andrés, ya que los dos se admiraban sin conocerse, así que los invité a comer al Centro Gallego. Al día siguiente recogí a Andrés en su casa, nos fuimos a la Editorial, ahí los presenté y los abrazos no se hicieron esperar; tomamos un aperitivo y caminamos al restaurante, comimos, bebimos y conversamos deliciosamente. Joaquín ofreció no sólo editar la obra, sino también ayudar a elegir el material. Andrés estaba francamente eufórico y ya sólo nos faltaba el financiamiento. Días después, organicé una comida en mi casa a la que invitamos a Manuel Gurría y Soledad, a Andrés y Graciela, y a mi primo Fernando Alday y a Bety. Corazón cocinó unas delicias de la cocina yucateca; alrededor de la mesa y envueltos en la fragancia de la cochinita pibil, del papatzul, de los panuchos y del relleno negro, presenté a los dos tabasqueños ilustres. Después de un par de botellas de vino, las cosas se acomoda-

ron solas y Manuel le ofreció a Andrés financiar la edición de su obra completa.

Esa tarde hasta mi bisabuelo se apareció en su blanco corcel, con su espadón derrotando franceses, en la vívida conversación de Iduarte.

Andrés, con una energía que yo sólo le conocía en años atrás, ayudado por Joaquín y escasamente por mí, se puso a trabajar febrilmente. Convinimos en comenzar la serie con *Martí, escritor* y *Un niño en la revolución mexicana*, seguidos por *Un mundo sonriente*, salvo pequeños cambios, se trataba sólo de reeditarlos. Mientras, nos daríamos el tiempo para ordenar el trabajo de más de sesenta años.

En seguida armamos *Preparatoria* y *En el fuego de España*. Andrés trabajaba sin reposo jornadas enteras, siempre ayudado por Joaquín y Bernardo Giner en la editorial; su mirada era luminosa, vivía feliz, y yo otro tanto.

La felicidad de Andrés fue enorme cuando salió el primer volumen de la serie, *Martí escritor*, en la nueva edición. Cuando lo tuve en mis manos, sentí una gran emoción al ver que empezaba a materializarse mi idea. Lo fui hojeando, en su colofón leí, lleno de satisfacción:

Este libro, proyectado por Fernando Pereznieto,

como primer volumen de las obras de Andrés Iduarte, se acabó de imprimir el día...

Presencié también el esbozo de la recopilación de *Pláticas hispanoamericanas e Hispanismo e hispanoamericanismo*, pero el tiempo pasó volando y llegó el momento de mi tan deseado viaje a Europa, con Corazón y nuestros hijos Brenda y Leo. Planeamos vivir y trabajar durante dos años en Florencia, en donde Corazón ofrecería una serie de conciertos y yo, varias exposiciones. Ya no me fue posible estar presente en la formación de los tomos *México en la nostalgia* ni *Semblanzas*.

Nos juntamos de nuevo con los Iduarte en nuestra casa para comer y despedirnos, hicimos votos y promesas para que en cuanto se terminaran de editar todos los volúmenes, nos veríamos en Florencia.

Mirándonos a los ojos, nuestras lágrimas cambiaron de ruta y nos abrazamos entregándonos tantas cosas...

En un nutrido epistolario de México a Florencia, Andrés me seguía informando de los progresos de la edición y, punto por punto, de los textos que incluiría en cada volumen. En una carta me decía:

...En cuanto a Florencia, ¿qué puedo decirte yo del cielo cuando tú estás en él? La casa del Ghirlandaio

es un merecido privilegio para ti, y esperamos visitarla algún día, y no menos la de Fiésole...

En cuanto a los libros, han aparecido *Martí, escritor*, *Un niño...* y *En el fuego de España*. Aquí te mando el colofón del último, que está incluido también en los dos anteriores. Creemos que en tres semanas aparecerán las *Pláticas...*; a *Hispanismo* e *hispanoamericanismo* le damos ahora los últimos toques. Y lo antes posible, a los tres siguientes... Me dice Joaquín que ya te envió los volúmenes preciosamente encuadernados en piel.

Con una vitalidad envidiable a sus setenta y seis años, revisó personalmente cada una de las páginas de los ocho tomos. Dio el visto bueno a la nota preliminar del último, que completaba su obra, con un cuidado y satisfacción evidentes, y mientras gozaba de la lectura de sus libros ya impresos, lo sorprendió la muerte.



BAUTIZO EN EL GALUZZO

Alfonso Ortega

Me encontraba viviendo con mi familia en lo alto de una colina en el pueblo etrusco de Fiésole, a un lado de Florencia. Era una villa señorial del siglo XVI, en el número treinta y seis de la plaza Mino, en el mismo centro del pueblo. La hermosura de la plaza estriba en los majestuosos edificios que la forman; por un lado la grandiosa catedral Románica del siglo XI y el Seminario, al frente el Ayuntamiento, del otro lado ha surgido una serie de restaurantes y frente a éstos se encuentra el hotel Aurora, además de la puerta peatonal de la villa en que vivíamos. Por la parte de atrás tenía una gran verja de fierro forjado por donde se accedía en automóvil a un enorme jardín con fuentes, cipreses, flores y tenía la más bella vista de Florencia.

Una tarde, a principios del verano, esperábamos con ansia la visita que nos harían nuestro querido “hermano” Alfonso Ortega y Bety su bella esposa.

Alfonso fue mi compañero y amigo entrañable desde que convivíamos en la colonia Condesa y cursábamos la secundaria. Ya desde entonces tenía una complexión fuerte, era alto, bien parecido, elegante y de una sencillez conmovedora. Era un doble del actor Rock Hudson.

Recuerdo que durante el primer año de nuestra carrera de arquitectura, los alumnos de segundo año, “los verdugos”, iban a nuestra clase para atraparnos y castigarnos con duras pruebas de iniciación. Mis compañeros y yo colocábamos a Alfonso hasta adelante y salíamos en estampida derribando la puerta y a uno que otro verdugo.

Alfonso llamó para advertirnos que ya estaban en el camino de subida a Fiésole y toda la familia salimos a la plaza a esperarlos. Era un sábado por la tarde y el clima no podía ser mejor. En cuanto lo vi, corrí para abrazarlo estrechamente. Brenda y Leo subieron con ellos a su coche para indicarles la entrada del jardín. Corazón y yo los esperamos hasta que salieron por la puerta de a pie. Les pregunté si tenían hambre, al oír su respuesta, cruzamos la plaza para instalarnos en la pizzería Il Bucco donde Rino, nuestro amigo y mesero, nos había apartado una mesa altamente codiciada por innumerables co-

mensales a esa hora. Ordenamos un galón de vino y unas pizzas que hacían en horno de leña y eran las más deliciosas del planeta. Mientras comíamos, Alfonso y Bety nos platicaron sus últimas aventuras de viaje. Salimos del Bucco y nos sentamos, más frescos, a las mesas que tenía sobre la plaza el bar de junto y ahí pedimos su especialidad: unas sabrosas fresas con crema y café *espresso*, para seguir conversando.

Cuando ya empezaba a oscurecer, caminamos media cuadra y entramos en el Teatro Romano para asistir a la reseña cinematográfica de la Estate Fiesolana, alquilamos nuestros cojines y nos dispusimos a ver la película de Fellini, *Amarcord*. En aquel instante de estrecha amistad, nos encontrábamos sentados sobre las piedras milenarias donde desde hace más de dos mil años, se habían sentado también otros amigos, mirando el mismo paisaje de cipreses y montañas lejana, y gozando de algún espectáculo.

Reímos y gozamos de la película, con su trama nos fue recordando nuestra propia historia de juventud.

Era la media noche cuando salimos del teatro, cruzamos la plaza, entramos en la villa y nos sentamos en la terraza para gozar, allá a lo lejos, la es-

pléndida vista de Florencia iluminada. Paladeando un digestivo, continuamos nuestra plática tan llena de recuerdos.

Le comenté a Alfonso que por esos días estaba armando un pequeño libro con los pensamientos que se habían escrito sobre mi obra. Brenda, que estaba escuchando la plática, se retiró y después de un rato regresó con una hoja de papel en la mano y me la dio. Leí su hermoso pensamiento sobre mi obra:

Mi querido Pimi: Tu obra es realmente genial; me llama, hace que me acerque y me cuenta aventuras, me platica cosas. Tus monjes se divierten hablándome, yo los escucho y entre mis carcajadas les pido que me sigan revelando sus travesuras. Te quiero muchísimo, Brenda.

Le di un beso y continuamos con esos momentos de éxtasis.

Hasta el día anterior habíamos tenido como huésped a nuestro querido amigo, el pintor Nicolás Moreno; le comenté a Alfonso, en broma, que ellos indirectamente lo habían corrido de la casa, aunque a Nicolás ya le habíamos anticipado de su llegada. Él deseaba seguir pintando los alrededores de Florencia y para que no se sintiera frustrado, le conseguimos la casa de nuestro amigo, el fotógrafo inglés

Ian Rosenfeld, allá por el Galuzzo, al otro lado del río, sobre la colina opuesta. Ian vivía en la que fuera la casa de campo del pintor Domenico Ghirlandaio, maestro de pintura de Miguel Ángel, que al paso de los años fue dividida en departamentos. En el principal vivía la dueña, una rolliza matrona italiana de nombre Grazziana. En otro, nuestro amigo Gucci, el dueño de las tiendas que llevan su nombre; el de Ian fue en el que instalamos a Nicolás y en el último vivía la familia de nuestro amigo Svietlán Kraczinia, excelente grabador, quien había sido maestro mío años atrás cuando estudié en la Villa Schifanoia. Svietlán y su esposa Emy tenían una hermosa pareja de hijos de veintitantos años y, apenas unos meses antes, había nacido su bebita, a quien le habían organizado un suntuoso bautizo, y estábamos invitados para la tarde del día siguiente.

Al medio día nos subimos a nuestro diminuto Fiat 500 en el que Alfonso apenas cabía; tuvo que sacar la cabeza por el techo abierto. Nos recibieron los felices anfitriones y con ellos, nuestro amigo Nicolás Moreno, quien ya para entonces era como de casa y los ayudaba a recibir a las visitas. Habían armado una gran mesa larga y angosta al aire libre, en el patio central.

La villa tenía una pequeña capilla muy hermosa, con frescos del Ghirlandaio y las bancas eran de madera tallada, ahí se llevó a cabo la ceremonia del bautizo. Al terminar, pasamos al patio para escuchar un recital de piano a cuatro manos; obras de Schumann, Chopin, Ponce y Stravinski, fueron interpretadas magistralmente por el dúo Moreno–Capelli, nuestros amigos. Escuchamos las sonoras notas del piano de cola, enmarcadas por la recia arquitectura bien conservada de la casa, a donde el Ghirlandaio fue a refugiarse de la peste que azotaba la ciudad de Florencia, pero de todas maneras lo alcanzó la muerte ahí mismo, en el siglo xv.

Después del concierto corrió el vino a barricas, nos sentamos a la mesa y comenzó el banquete que, tanto por su abundancia y riqueza como por el entorno, hacía pensar que aún estábamos en pleno Renacimiento. Alfonso y Bety, al igual que nosotros, no dábamos crédito a nuestros ojos ni a nuestros paladares. Esa tarde la gula dominó a todos los invitados. Para brindar con el vino *spumante*, Alfonso, Nicolás, Enzo, mi galerista y yo caminamos por el campo. Enzo señalando el paisaje toscano, nos hizo ver que toda esa belleza era obra del hombre: los cipreses que se plantaban para delimitar las propieda-

des, los viñedos, los olivos y los castillos que se erguían sobre cada loma.

Al caer el sol regresamos muy plenos, después de haber vivido unos momentos excepcionales.

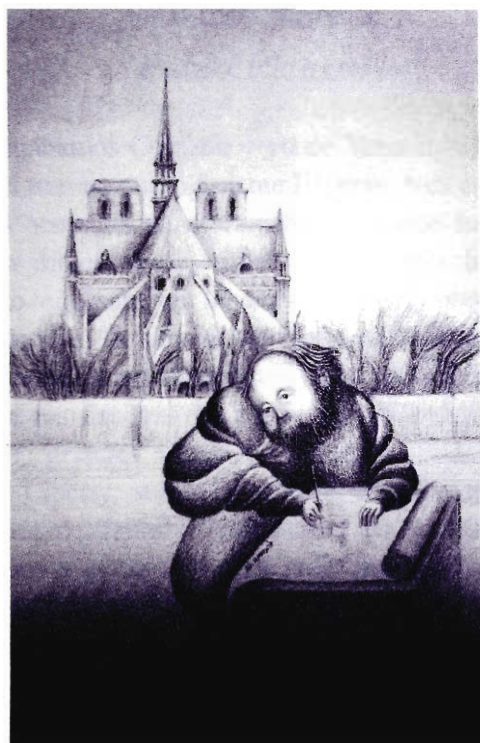
Al día siguiente nos despertamos muy temprano para llevar a Bety y Alfonso a Florencia. Era el día de San Juan, el santo patrono de la ciudad, y bajamos en el autobús número siete, nos apeamos junto al Duomo, caminamos por la vía Calzaiuoli para llegar a la Plaza de la Señoría y presenciar el desfile con personajes vestidos como en la época del Renacimiento, con diestros bandereros que lanzaban muy alto sus estandartes multicolores para luego atraparlos de nuevo, al redoble de tambores y fanfarrias. Los viejos nobles de la ciudad encabezaban el desfile montados sobre elegantes corceles, mientras, las damas de la aristocracia presenciaban el espectáculo desde el balcón central del palacio.

Ese día comimos en nuestro restaurante preferido: Ottorino *nella via delle* Ocche, ahí volvimos a disfrutar de los recuerdos de juventud, mientras dábamos cuenta de cuatro tipos diferentes de pastas, acompañados por un buen vino.

Por la tarde asistimos al partido del colorido *calcio fiorentino*, antepasado del juego de fútbol. Nos

instalamos en las tribunas que para el caso habían alzado en la Plaza de Santa Croce, donde Alfonso no dejó de gritar emocionado. Al día siguiente continuaron su viaje.

Varios años después, en una fiesta, Alfonso recordó todo esto, mejor contado por supuesto; yo nada más transcribo.



GRABADOS ERÓTICOS

Pablo Picasso

Viajábamos Corazón y yo de Venecia a París en el tren nocturno Oriente Express. Nos encontramos sentados en el carrobar, a donde habíamos subido directamente, mientras el *porter* instalaba nuestro equipaje en la alcoba. Un hombre joven acariciaba el teclado de un piano de cola arrancándole melodías románticas del siglo pasado. En cada uno de los detalles del vagón se había detenido el tiempo, grandes sillones austriacos rodeaban las mesas Liberty, sobre las que se encontraban unas lámparas de Tiffany. Tomábamos un aperitivo, mirándonos a los ojos y platicando muy cerca el uno del otro, tan concentrados que nunca supimos cuándo arrancó el tren. Llegó el jefe de meseros y nos preguntó a qué hora y en cuál de los tres restaurantes preferíamos cenar, escogimos el cantonés. El sol del verano empezaba a caer dorándonos los rostros, la atmósfera era mágica. Poco después, ya instala-

dos en el carro comedor, en una mesa para cuatro personas, admirábamos los dragones finamente bruñidos sobre lambrines de laca negra. Se nos acercó de nuevo el *maitre* y nos preguntó si no teníamos inconveniente, ya que el salón estaba lleno, de que se sentaran con nosotros dos personas. Cuál no sería la sorpresa al ver que nuestros compañeros de mesa eran nada menos que Pablo Picasso y su secretario. Yo —que abruptamente me levanté para saludarlos— casi caí de la silla al volver a sentarme. Lo primero que nos dijo fue que le daba mucho gusto poder platicar en español, después de una semana de escuchâr sólo italiano. La conversación brotó como si se tratara de viejos amigos; él, siempre cordial, nos sugirió qué cenar de ese menú chino, para nosotros indescifrable, acompañado siempre con unos tragos de buen saki. Nos preguntó a qué nos dedicábamos y conforme le contábamos de nuestra aventura en la vida, se interesó cada vez más. Demostró tener muy amplios conocimientos del mundo de la guitarra clásica y trajo a la mesa anécdotas musicales y de cómo la guitarra estuvo presente en su pintura cubista. Cuando le platiqué de mis dibujos, me animó a que me adentrara en el maravilloso mundo del grabado, del que yo nada sabía. Nos fue

ilustrando las diferentes técnicas y los misterios de su alquimia. Para acabar de convencerme nos platicó que iba a París a revisar las pruebas de una serie de 347 grabados eróticos que había trabajado en su estudio, durante seis meses; ahora iba al taller de talla dulce Lacourière et Frelaut. Si yo me animaba, él podría enseñarme el lugar y presentarme a los dueños. No necesitó decir más, yo no cabía en el tren, de asombro y felicidad; me hacía ya grabando con mano magistral. Me citó entonces para que nos viéramos al día siguiente, al mediodía, en el número 11 de la rue Foyatier.

Después empezó a citar recuerdos de pintores mexicanos y de su relación con Diego Rivera en el Montparnasse de principios de siglo, demostrando una memoria prodigiosa a sus 86 años.

El tren llegó a París por la Gare de Lyon antes de las ocho de la mañana y, por más que busqué, no vi al maestro. Tomamos nuestro Metro para ir a instalarnos en un departamento frente al Bois du Bologne. Nos cambiamos de ropa y fuimos a desayunar al aire libre frente al Trocadero. Ahí estudié la mejor manera de llegar al taller. Corazón se encaminó al museo de instrumentos musicales antiguos y yo tomé de nuevo el Metro, me salí en Anvers y pasé ba-

jo su arco de fierro colado, *art nouveau*. En la calle todo era bullicio: vendedores, cargadores, prostitutas, altoparlantes, cabaretuchos ya abiertos a las diez de la mañana. Caminé las dos cuadras que me separaban de la Place St. Pierre y ahí el mundo se calmó; la rue Foyatier, una de las más características de París, es más que una calle una escalinata interminable en cuyo centro se desliza un funicular. Me di cuenta de que el número 11 se encontraba hasta arriba y como faltaban dos horas para mi cita, decidí subir por las escaleras para hacer tiempo; y claro, al llegar, sólo faltaba una hora y cincuenta. Entonces crucé la calle para entrar en la iglesia del Sagrado Corazón. Al salir caminé un rato y luego me senté a tomar un café. Regresé a la puerta del taller. Aún faltaba media hora, así que me senté en las escaleras a esperar que llegara Picasso. Lo que no sabía, era que él estaba adentro trabajando. Llegó el mediodía y finalmente, con timidez, toqué a la puerta; como Picasso había dado instrucciones, me pasaron directamente hasta la mesa donde se encontraba él junto con los impresores, me saludó muy amable no obstante que estaba atareado. Me presentó a los dueños, Jacques, Robert y Anne Frelaut, y les pidió, en su buen francés pero con el acento es-

pañol que nunca perdió, que me abrieran sus puertas, me tuvieran paciencia, me enseñaran a grabar y que después colocaran mi nombre en el catálogo antes que el suyo. Yo estaba azorado, no sabía qué pensar, hasta que caí en cuenta, hojeando el catálogo del taller, que mi nombre estaría antes que el suyo porque la lista de artistas venía en riguroso orden alfabético.

Él siguió trabajando y yo lo observaba retocar aquí, ordenar allá, dirigir a cinco impresores con gran precisión. A la una en punto dejó todo sobre la mesa, tomó un par de pruebas de sus grabados, las colocó bajo su brazo y luego, junto con los Frelaut y su secretario me invitó a comer al restaurante La Lapin Agile, que estaba a unas cuadas de distancia, allá mismo en el barrio de Montmartre. En ese restaurante, durante el siglo pasado, los pintores impresionistas pagaban la comida con su obra y aún permanece colgado un original de Renoir. Caminamos los seis en procesión por la rue St. Eleuthère hasta la Place du Tertre, y todos los pintores que ahí estaban lo ovacionaron al pasar. Entramos en el restaurante donde ya nos esperaban. Nos condujeron a la mejor mesa y nos llevaron un par de botellas de vino y unas *coquilles* St. Jacques y luego *pot au feu* que es como nuestro

sabroso puchero, con sus huesos de tuétano. Picasso platicaba casi de continuo y nosotros cinco sólo le dábamos pie para que continuara con su interesante monólogo y con las semblanzas de sus amigos pintores de principios de siglo, quienes trabajaban en el mismo taller. Entre otras cosas, Jacques Frelaut me hizo ver la vitalidad del pintor, que había grabado las 347 placas en seis meses solamente con la ayuda técnica de un joven del taller, quien le pulía, barnizaba y limpiaba las placas. Sin contar las acuarelas, óleos y esculturas que también había hecho durante esos seis meses, equivalía a grabar un par de placas al día. ¡Increíble! El taller tenía ahora la tarea de imprimir tirajes de doscientas copias de cada uno, es decir, unas siete mil para antes de fin de año.

Nos trajeron unas deliciosas tartas de fresa y por último el café. Picasso llamó al dueño y le dijo algo que pienso que era ya un sobrentendido entre ellos:

—¿Aún siguen valiendo las reglas del restaurante? —a lo que el feliz propietario contestó que sí y entonces el maestro sacó una de las dos pruebas de los grabados que llevaba, la firmó y se la entregó diciéndole:

—Puede usted quedarse con el cambio.

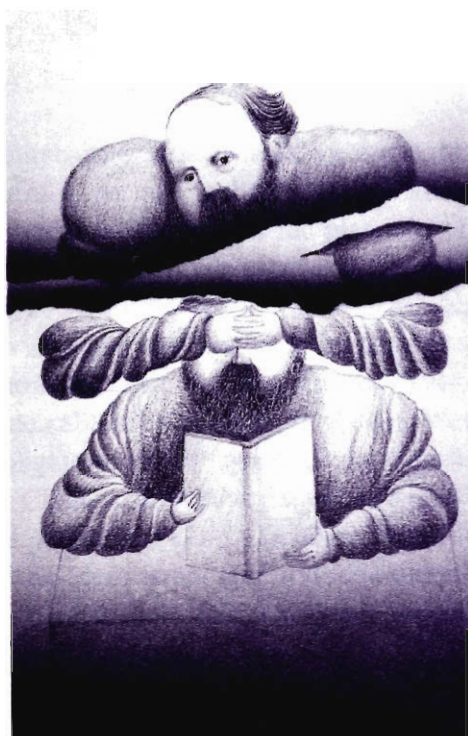
Vi que firmaba y dedicaba la otra prueba. Era un

aguafuerte muy erótico, a línea, que me había encantado cuando lo vi en el taller. Me sorprendí cuando al entregármela me dijo:

—Para que recuerdes este día.

No sólo lo recuerdo ahora, sino que siempre lo tengo presente como un tesoro, lo llevo profundamente grabado, como su aguafuerte, dentro del corazón.

Años después le rendí mi humilde tributo a ese día, trabajando una serie de 69 aguafuertes para editar mi libro: *Divertimento erótico*.



UN LUGAR DE POLVO Y VIENTO

Juan Rulfo

Caminábamos desde hacía ya largo rato Juan Rulfo y yo, por la Barranca del Muerto, allá por el rumbo de su casa. Él me platicaba la novela que estaba terminando de escribir y que llamaría *La cordillera*. Se trataba de un pueblo en extinción, enclavado en algún alto rincón de la cordillera, donde siglos atrás había servido para que los viajeros cambiaran de caballos. Un lugar de polvo y viento. Escala obligatoria de las mercaderías llegadas de la Nao de China y destinadas para el altiplano y luego para los puertos del Golfo. Depósito fugaz de riquezas venidas de oriente, como la vida de todos esos lejanos parajes que sólo existieron mientras por ellos pasó el camino.

Era la historia de cinco hermanas recluidas en un convento, las últimas sobrevivientes del lento exterminio por el abandono, por el olvido y por la muerte. Pueblo de cordillera ya desaparecido que sólo co-

braba forma en la mente de su autor. Cinco mujeres, o cinco monjas destinadas, como todo el pueblo, a la extinción final.

El aire frío levantaba una nube de polvo alrededor nuestro que hacía que el paseo se integrara a su novela. Llegando al final de la Barranca, entre aquel polvo se veían apenas las siluetas de unas chozas de piedra abandonadas. Juan dio vuelta en la esquina y desapareció. Yo seguí caminando solo, en una realidad como armada por el sueño. Que él desapareciera de repente como sus personajes, me pareció natural.

Después de un largo viaje por Europa y tras muchos pensamientos, llegué al Ágora, la librería donde siempre nos veíamos, y pregunté por él.

—Murió hace ya tiempo —me contestaron.

Una descarga eléctrica cruzó mi cuerpo erizando mi piel. Sentí como si una mano desde dentro estrujara mis entrañas. Fue una gran pérdida dentro de mi larga ausencia. Ya no pude mantenerme de pie y apoyándome sobre las mesas, tomé asiento, al tiempo que venían a mi memoria, atropelladamente, una cantidad desbordante de recuerdos. De repente el vacío invadió mi espíritu. Pedí un café tan cargado como cuando ahí mismo nos sentábamos toda la

tarde a conversar. Era como si se hubiera congelado el tiempo. Años atrás, le había mostrado el texto que Carlos Fuentes me escribiera en París:

...Hojeo este álbum de piedra e imagino: conventos de Pereznieto poblados por personajes de Rulfo. ¿De quién será la voz que cuente este cuento?...

Entonces le mostré mis dibujos y le dije:

—Necesito de sus personajes para que me cuenten un cuento.

—Lo que usted necesita son unos fantasmas, voy a ver si se los consigo —me respondió.

A partir de ese momento, y a esa misma mesa de la librería, nos sentábamos una vez a la semana, a bordar ideas durante toda la tarde.

Su primera timidez fue cediendo conforme avanzaban los días y nuestras sesiones se poblaban de apariciones. Prometió escribirme un cuento para presentar mi obra; fue naciendo así una sola, interminable plática que se convirtió en un caudaloso río sobre el que sus personajes navegaban dejándose llevar por la corriente.

Unos días antes de cada cita, cuando la confirmábamos por teléfono, empezaba yo a estar nervioso, como el estudiante que nada sabe frente a la proximidad del examen.

Mil preguntas venían a mi mente, que después ni tiempo tenía de sacarlas del cuaderno. Como él lo había previsto, los fantasmas se realizaban en la luz macilenta de mi alcoba.

Alimentados por la conversación precedente, mis personajes iban apareciendo en mis pinturas cada vez más difusos y etéreos.

Tarde a tarde comenzó a desarrollar el cuento motivado por los dibujos que casi como una tarea le iba yo mostrando cada vez que nos reuníamos.

Se trataba, según él, del origen mismo de los fantasmas. De cómo al crearse la reforma religiosa en los países protestantes, especialmente en Inglaterra, los fieles ya no podían rezarle a sus santos, como estaban acostumbrados, y decidieron hacerlo con sus muertos, convocaron y exigieron su presencia que, apenas cobraba suficiente fuerza, se imprimía sobre las doradas hojas de un “libro de horas” medieval, como en difusos puntos de un dibujo etéreo impregnado de fósforo que no podía verse sino en la más completa oscuridad.

—Como sus cuadernos, me decía —llenos de puntos con los que se desdibujan sus ideas.

Ya de noche, tarde, cuando el ruido de las cortinas metálicas de la librería nos ponía en la calle, yo

lo acompañaba a su casa, caminando sobre sus palabras que no terminaban de caer.

Flotando, llegaba a mi estudio donde sus últimas ideas de muertos comenzaban a cobrar vida. Mi tarea de una semana se iniciaba de nuevo.

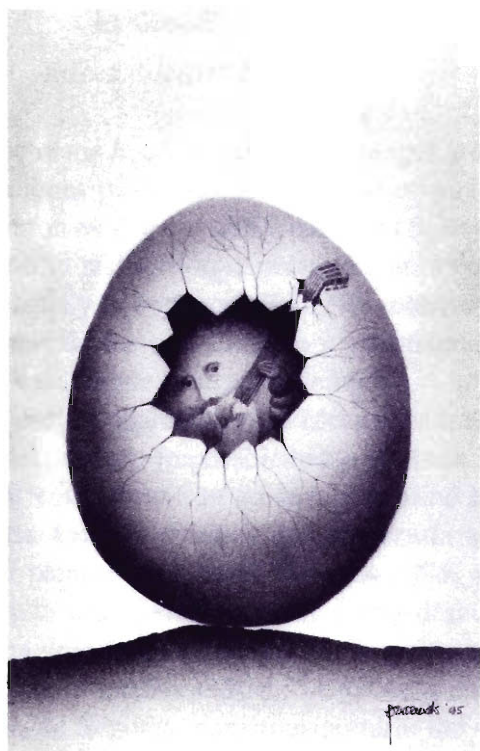
Cuando mis largos viajes a Florencia tocaban a víspera, nos reuníamos aun más largo para despedirnos, y la nostalgia invadía a nuestros personajes.

La última vez que nuestros fantasmas nos convocaron y nos pusieron frente a frente, Rulfo se presentó cargado de un largo y minucioso itinerario de la arquitectura románica, documentado con sus propias fotografías. Era un amante apasionado de ese sencillo y emocionante estilo, en el que me ayudó a profundizar. La arquitectura románica era otro nudo que nos ataba. Sobre la mesa extendió un mapa de Europa, enorme como sábana, en el que casi podíamos caminar. Había marcado los principales ejemplos de esa arquitectura y me encargó que dibujara lo más posible. Nuestro diálogo de esa noche se prolongó hasta el infinito, desentrañando los secretos de los masones, de los templarios y las catedrales. Nos despedimos con un abrazo estrecho.

Recorrí cada uno de los paseos por él propuestos. Visité y dibujé cada una de las abadías románicas

que se me llenaron de fantasmas. Es la tarea más larga, completa y placentera que he realizado. Al dibujar cada una de ellas, imaginaba el gusto que le daría cuando le mostrara mi trabajo de dos años.

Cuando volví de mi largo viaje, Juan Rulfo ya era parte del polvo que se levantaba dentro de su propia obra.



EL CONCIERTO SE REPITE

Juan Reyes

Anoche me llené de música, de amigos y de sensaciones profundas. Las cuerdas de una guitarra vibraron en nuestra sala y sus notas fueron a dar a un selecto auditorio que percibía con la emoción del que ama y es correspondido. Nos reunía un concierto más de los que Corazón y yo ofrecemos en nuestra casa, desde hace tanto tiempo.

Juan Reyes apareció en el escenario, tranquilo, sonriente, vestido impecablemente de traje negro. Tomó asiento, abrazó su guitarra y la afinó con toda calma. Cuando creímos que empezaría a tocar, tomó la palabra para hacer recuerdos. Nos platicó que siendo muy joven su padre había descubierto en él una gran facilidad para tocar la guitarra y una pasión por la música clásica. Le bastaba escuchar un disco de Segovia, para transportarlo del oído a su instrumento, a pesar de que no conocía la técnica ni sabía leer música. Su padre pensó de inmedia-

to que era necesario buscarle una escuela para que estudiara. Primero consultó con los amigos e investigó todas las posibilidades hasta que llegó a la conclusión de que lo mejor era ingresar al Estudio de Arte Guitarrístico. Una tarde llegó a su casa muy preocupado. Había ido a inscribirlo y se encontró con una larga lista de espera, así que su hijo no podría entrar antes de un año. Juan estaba desesperado, su padre se acordó entonces de que tenía un amigo, que a su vez tenía unos amigos, y que estos tenían... Visitó al pintor Edgardo Coghlan y le planteó su problema; Edgardo, que era amigo nuestro, nos habló de todo esto y juntos decidimos organizar un concierto. Le pedimos al guitarrista Mario Beltrán del Río, uno de los principales maestros del Estudio por esa época, que ofreciera un recital como el de anoche y que después de tocar, escuchara en privado a Juan, para juzgar si tenía el talento necesario para poder ingresar al Estudio, sin tener que esperar un año.

Esa noche Mario ofreció una interpretación llena de técnica y poesía. Con su música encantó al público. Cuando terminó el caluroso aplauso, le pedimos que pasaran a mi taller y Juan tocó para Mario lo mejor de su repertorio, eso bastó para que se le

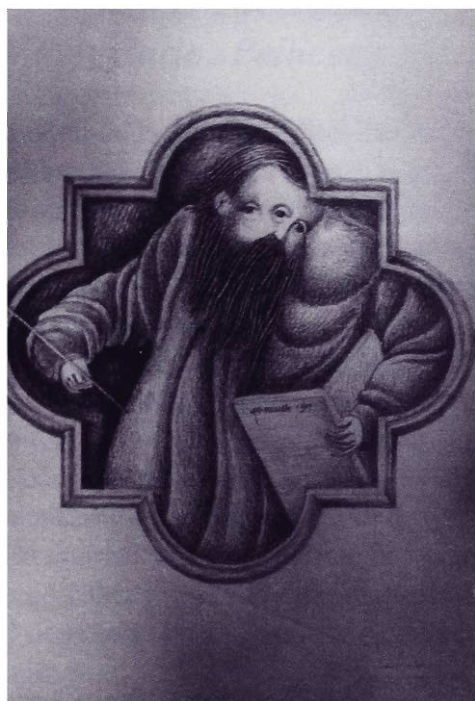
abrieran generosamente las puertas del Estudio de Arte Guitarrístico.

Desde ese momento entró a una nueva vida llena de trabajo, de estímulo y realización. Después de cinco años, se recibió de concertista con todos los honores y fue invitado para dar clases como maestro, en el mismo Estudio. Cuando se sintió maduro, preparó un programa y nos pidió que lo invitáramos a dar un concierto.

Juan volvió a afinar su guitarra y empezó a brindarnos, en una sucesión de obras, un recital maravilloso, lleno de color. Caían las notas y las horas en la noche. Los momentos más intensos de su pasión salieron por sus dedos y entraron a nuestras venas hasta lo más profundo.

Cuando los últimos acordes se fueron disolviendo, como gotas de rocío calentadas por el sol, separó los dedos del diapasón y con la otra mano cubrió las cuerdas, ordenándoles callar.

El público saltó y le brindó un interminable aplauso. Después, con la guitarra en la mano, se encaminó a mi taller, donde sabía que lo esperaba un joven guitarrista para hacerse escuchar en privado y que juzgara si tenía el talento suficiente para poder ingresar al Estudio, donde él era maestro...



ENCUENTRO EN EL MUSEO

Carlos Pellicer

La catedral de la ciudad de México lucía majestuosa ese día asoleado de marzo, la gozaba sentado en mi banquito portátil dando los últimos trazos sobre mi cuaderno, retocando las torres en forma de campana cuya música arquitectónica llenaba todos mis sentidos.

Con éste terminaba otra serie de dibujos del centro de mi ciudad. Me levanté satisfecho, plegué el banquito y me dirigí con paso lento hasta el palacio de los Condes de Santiago Calimaya, me detuve y abrí mi cuaderno en la página del dibujo que representaba la enorme portada, constaté con cierta tristeza que no había logrado lo que mi mente hubiera querido, siempre se queda algo entre el pensamiento y el lápiz.

Entré en el edificio, ahora convertido en Museo de la Ciudad de México. Tenía una cita para fijar las condiciones de mi exposición en ese lugar; cru-

cé por el patio luminoso y apenas me detuve frente a la fuente de azulejos, adosada al muro y la doble arcada barroca, caminaba con paso incierto hacia la dirección donde me esperaba don Federico Hernández Serrano, director del Museo. Estaba por fijar la fecha para mi primera exposición oficial. Por supuesto que no vendería ninguno de mis dibujos, significaría desprenderme de una parte de mí mismo. Ésa sería mi primera condición. Tras la charla don Federico me mostró la sala donde se llevaría a cabo la futura muestra, era amplia y bien iluminada y eso me dio tranquilidad. La sala hospedaba las tropicales acuarelas de un pintor tabasqueño.

Sólo una persona se encontraba en la sala mirando las acuarelas; descubrí la figura fuerte y ligera de mi querido y admirado Carlos Pellicer, poeta exuberante. Mi carrera se convirtió en abrazo largo y apretado, fundiéndose siglos de sangre tabasqueña. El director estaba parado a cierta distancia, llevé del brazo a Carlos y se lo presenté; don Federico, motivado, nos invitó a recorrer los vericuetos del museo para mostrarnos sus joyas, caminamos disfrutando, sala por sala, también las que están vedadas al público, hasta rematar en la azotea, en el que fuera el pequeño estudio del pintor Joaquín Clausell. Entré

con la devoción que el lugar me causaba. Miramos cómo a través del tiempo lo habían conservado de la misma forma en que él lo dejara al morir. Carlos había convivido con él y vi cómo un ligero temblor lo embargó al entrar. El director ordenó unos aperitivos y la plática se hizo monólogo y el monólogo de Carlos se convirtió en poesía, y brotaron sus recuerdos en prosa narrando sus numerosas tertulias. Famosos personajes, actrices y modelos empezaron a desparramar su belleza. Clausell, en pocos trazos, las retrataba en los muros de su estudio. Ahora estaban presentes ahí, frente a nuestros ojos, e ilustraban de forma ardiente los recuerdos de Pellicer. La atmósfera llegó a ser tan real, que participamos de esos momentos de encanto de tantos años atrás como si se sucedieran en ese momento.

Yo lo escuchaba atento. Cuando hubo un silencio me debatí en la duda de si sería apropiado mostrarle mis dibujos y pedirle que me escribiera un texto. Me daba cuenta de que no existía otra persona más adecuada para hacerlo.

Más tarde, cuando volvimos a la realidad, el poeta metió mano a su bolsillo y dijo: —Si fuera suficiente los invitaba a comer. A lo que yo respondí: —Carlos, si unimos nuestras fuerzas podemos lograrlo.

Cruzamos la avenida y, siempre charlando, caminamos el parquecito Primo de Verdad y entramos en la casa colonial de enfrente. Nos dispusimos a comer tabasqueño: tamales de chipilín, pejelagarto y chirmol, acompañados por fresco posol. Un buen vino corría por nuestros paladares. Recordé cuando, siendo yo niño, mis padres, amigos de la familia de Carlos por generaciones, me llevaban de la mano cada año a su casita azul en las Lomas de Chapultepec. Ahí, todas las Navidades, miraba y escuchaba extasiado el espectáculo mágico de sus nacimientos. Era el paisaje de Belén, lleno de figuras, piedras y árboles pequeños, dentro de un ciclorama que se iba oscureciendo y aparecían la luna y las estrellas. A la media noche del Nacimiento, Carlos leía un poema escrito especialmente para ese momento. Cada año escribía uno nuevo, siempre profundo y bello.

La plática seguía mientras comíamos y yo ya había dejado de ser niño, él me guiaba entre garzas y lagartos, pisando sus pisadas para irme mostrando las gigantescas cabezas olmecas en el tropical Parque de la Venta en Villahermosa. O cuando en desvencijado autobús, fuimos a Comalcalco y me explicó cómo los mayas al no encontrar piedra en ese lugar,

inventaron el tabique para construir —pegándolo con arena de concha de molusco— la única ciudad maya de arcilla.

El vino seguía corriendo y su espíritu enriquecía los recuerdos. A cierta hora Federico, el director del Museo, se despidió. Pellicer continuó platicando de toda una vida y yo, admirando su poesía.

Fue hasta entonces cuando me atreví a mostrarle mi carpeta de dibujos que había llevado humildemente bajo el brazo. Carlos empezó a hojearla deteniéndose largo tiempo en cada uno de los dibujos del centro de nuestra ciudad. Entonces me ofreció escribir la presentación y, siendo Senador, recomendar que mi exposición no sólo la inaugurara el Presidente, sino hacerla coincidir con una visita del Presidente de Venezuela, para que la inauguraran los dos mandatarios.

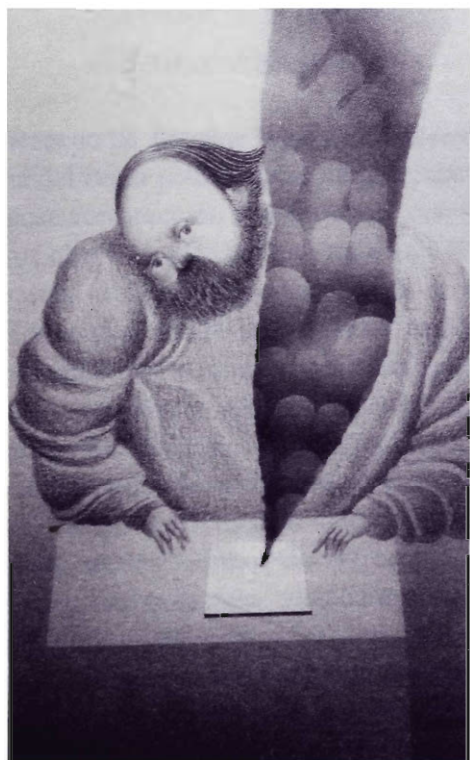
Ya de noche, nos levantamos de la mesa, cubrió su camisa oscura con un saco deportivo, se ciñó la pelada cabeza con un sombrero gris con ancho listón negro y salimos, casi flotando por angostos callejones llenos de encanto, hasta llegar a la estación Zócalo del Metro. Dentro del vagón viajamos como sardinas, colgados de los tubos, platicando de futuros paseos por el Centro Histórico. Bajamos en Ta-

cuba, frente al Árbol de la Noche Triste, y nos subimos a mi coche para proseguir hacia las Lomas de Chapultepec.

En su casa, Carlos voló a zancadas por las escaleras, yo lo seguí y nos instalamos en su estudio rodeados por los paisajes de José María Velasco y de su colección de escultura prehispánica. Destapó una botella de vino francés, alcanzó un papel y una pluma y empezó a escribir:

Los rasgos mejores del rostro de la ciudad entraron en los ojos y en las manos de Fernando Pereznieto y fueron a dar al papel con la emoción del que ama y acaricia...*

* Presentación al libro *Apuntes de México Tenochtitlan*, Editorial Joaquín Mortiz, 1974.



TERROR EN EL RANCHO

Jaime Escandón

El Rancho de Tecajete toma su nombre de la forma del cerro pelón que se yergue junto a él. Es una añosa construcción tipo fortaleza, con sus torres y muros almenados de tabique rojo. Las estancias y los cuartos se desarrollan alrededor de un sombreado patio central donde se encuentra una fuente de fierro fundido que le imprime gran tranquilidad.

Jaime Escandón, su propietario, es de mis amigos con quien, sin duda, he viajado más alrededor del país y del mundo; de hecho nos conocimos a bordo de un avión por motivos de trabajo y desde ese momento ya casi no salimos de las cabinas. Cuando por trabajo era necesario, viajábamos; cuando no, inventábamos algún viaje.

Con él siempre se me han dado las bromas y la mayor parte del tiempo nos la pasábamos riendo. Nos llegamos a conocer profundamente y a querer como hermanos.

Jaime me invitó a Tecajete, a pasar un fin de semana de campo y reposo. El primer día, cada quién hizo lo que más le interesaba; Jaime montando a caballo y yo pintando en acuarela la estación Tecajete del ferrocarril. Era del siglo pasado, pequeña y bien cuidada, de madera, con postes tallados y barandales de fierro forjado y su gran toma de agua. Nunca imaginé que mi acuarela de aquel día llegaría a ser un documento histórico, porque pasados los años, cosa increíble, se robaron íntegra la estación.

Aquella tarde, Jaime pasó en su caballo a recogerme, yo desamarré el mío y desde la estación al rancho fuimos conversando al paso, sin prisas. Cuando llegamos nos sentamos sobre el pretil de una fuente, en el jardín, y entonces Jaime recordó que un grupo de amigos de su hermano, bastante pesados y religiosos, por cierto, también estaban invitados ese fin de semana. Para pasarla más divertidos, decidimos darles un buen susto y detallamos un plan, que sólo conoceríamos Jaime, Alfonso el mayordomo y yo. La primera noche sería de preparación y en la segunda el gran final.

Llegaron los invitados, seis en total, y los recibimos con cierta cordialidad, tomamos con ellos unas copas antes de pasar al gran comedor. Sólo ocupa-

mos ocho de las veinticinco sillas de la mesa larga de madera. Cuando terminamos de cenar fuimos a la sala grande de altísimos techos y muebles viejos, fúnebres retratos sobre las paredes, entre los que destacaba el del manco don Manuel González, quien fuera presidente del país el siglo pasado y antiguo propietario de la hacienda.

Entonces Jaime y yo empezamos a contar las más escalofriantes historias de fantasmas, de aparecidos y de experiencias sobrenaturales.

Cuando agotamos nuestro repertorio, llamamos a Alfonso y le pedimos que evocara las de los aparecidos en el propio rancho, que él con cara muy seria, solía contar muy bien y con lujo de detalles.

Después Jaime fue inventando y explicando que yo tenía fama de médium y fuerza para provocar extraños fenómenos, y así los fue poniendo a punto: cada vez estaban más intranquilos, miraban de reojo hacia atrás la completa oscuridad del gran vacío de la sala.

Ya en la madrugada, cuando nos despedimos para retirarnos a dormir, estaban francamente espantados. Durante el transcurso de la noche, Alfonso se dedicó a hacer crujir alguna silla, a dar algunos pasos en la oscuridad, a hacer aullar los perros y todo lo que pudiera reforzar el plan que habíamos preparado.

A la mañana siguiente, los invitados mostraron grandes ojeras delatando su gran insomnio. Durante el día casi no los vimos, habían ido a montar a caballo, por sugerencia nuestra. Mientras, nosotros preparamos el festín, éste consistía en vaciar la parafina de una veladora, de esas que vienen en un vaso de vidrio oscuro, para después poner media porción de parafina, encima una pequeña cama de pólvora y luego el resto de la parafina y el pabilo que llegaba hasta la pólvora. Hicimos varias pruebas y al final optamos por una que nos permitiera media hora encendida antes del fogonazo de la pólvora. Una fracción de segundo antes de la explosión, chisporroteaba el pabilo imperceptiblemente, avisándonos el eminente fuego. Se la dimos a guardar a Alfonso, quien nos estuvo ayudando, y con toda tranquilidad esperamos a que llegara la noche.

Quiso la suerte que nuestros amigos, en su largo paseo a caballo, se detuvieran a tomar unas cervezas en un tendajón del pueblo vecino y ahí escucharon también un cuento de aparecidos en otro de los ranchos cercanos.

Antes de la cena le pedimos a Alfonso que les cargara un poco la mano en las cubas que bebían con alegría. Cenamos muy sabroso; un mole bien

picante, tortillas recién hechas y frijoles de olla, y cuando pasamos de nuevo a la sala y nos sentamos, se fue la electricidad, tal y como lo habíamos planeado. A la luz de las velas y los alcoholes, las sombras fueron cobrando más vida mientras contábamos las terribles historias. El mayordomo permanecía atrás de nosotros en la frontera de las sombras.

Entonces Jaime, les dijo que yo era muy poderoso porque tenía pacto con el demonio, a quien adoraba y cosas por el estilo. Primero no lo tomaron en serio, pero ante nuestra insistencia y los ejemplos que les dábamos, con cuentos de aparecidos, empezaron a sentirse nerviosos, pero aún sin dar su brazo a torcer, hasta que Jaime, muy serio con una gran cara de palo, les hizo ver que si yo no me burlaba de ellos que creían en el bien, deberían de respetar que yo creyera en el mal; además les dijo que él ya había tenido la experiencia de estar presente en una de mis terríficas manifestaciones. Ya para entonces, con todo el trabajo previo, nuestros clientes estaban a punto.

Jaime se puso de pie súbitamente, dando un fuerte manotazo sobre la mesa circular que nos hizo pegar un brinco, incluso a mí, que ya sabía que así sería, y dijo:

—Ya está bien, o dejan de criticar a Fernando y se van a dormir, o le pido que en este momento invoque al demonio, para que aprendan a respetar las creencias de los demás.

Esto provocó una ola de consternación entre los concurrentes, palabras a media voz, incredulidad, expectación, pero su curiosidad pesó más y con un calosfrío, aceptaron presenciar la prueba. Entonces Jaime le dijo a Alfonso que trajera una “veladora”. La encendí y les pedí a los presentes que se colocaran alrededor. El mayordomo apagó las demás velas. Les ordené que se tomaran de las manos para adquirir más fuerza y les aconsejé que no se opusieran en su pensamiento; que si bien no estaban de acuerdo, que pusieran su mente en blanco, y empecé a proferir una serie de oraciones inventadas y absurdas de invocaciones macabras que había oído por ahí en algún film o leído en algún libro. Cada vez subía el tono de la voz y luego interrumpía para decir que alguno de ellos no estaba cooperando y ese tipo de cosas. Luego seguí “poseionado”, hablando como si hubiera caído en trance y mirando fijamente la luz de la veladora, pero más que nada, para darme cuenta del tiempo que faltaba para el gran final. Cuando vi el pequeñísimo chisporrotear

del pabito, me levanté y casi gritando dije como dirigiéndome al demonio:

—Ya siento tu presencia, ¡materialízate! En ese preciso instante se dio el gran fogonazo, mucho más fuerte en la completa oscuridad, de lo que había sido durante nuestras pruebas en el día.

Gritos, carreras en estampida, locura de todos ellos. Jaime y yo soltamos una carcajada, pero más tarde nos preocupamos porque no encontrábamos a nadie. Buscamos por todo el rancho, por los patios, las caballerizas y nada. Hasta que a uno de ellos lo encontramos después de mucho tiempo, metido en una zanja. Los otros fueron apareciendo aún más lejos, tan pálidos bajo la luz de la luna llena, que ellos mismos parecían los aparecidos. No se atrevían a hablar, le pedimos al mayordomo que los convenciera de que todo había sido una broma, pero necios ahora, se habían convertido totalmente en fieles creyentes de Satán.



UN PASEO POR LA LAGUNILLA

Juan José Arreola

Lo llamé por teléfono para decirle que me gustaría videograbar lo leyendo el texto que me había escrito. Un par de días después, nos recibió como siempre con una cordialidad familiar. Juan José acababa de leer el último libro de Corazón, sobre el compositor Mario Castelnuovo-Tedesco,* y tuvimos para un buen rato con su deliciosa plática y sus certeros comentarios. Nos sorprendió que se le hubiera quedado en la memoria todo el libro.

Corazón y yo nos dispusimos a colocar lámparas y a armar tripiés para la filmación.

Él tomó asiento ante su escritorio, colocó el escrito entre sus manos y haciendo una prueba, empezó a leer:

Una presentación de Fernando Pereznieto: Entre los dibujos y yo no hay juego de prismas. Mediante las mutaciones del gris, el blanco y el negro se me dan

* *Mario Castelnuovo-Tedesco*, Ediciones Musicales Yolotl, 1987.

despejados y puros, en una especie de realidad armada por el sueño.**

Se detuvo y exclamó: —¡Oye, esto está muy bien escrito!

Y luego, como excusándose, agregó que hacía tanto tiempo que no lo leía, que le sorprendió como si hubiera leído algo bello de otro escritor.

Encendimos lámparas y cámara y le dije que empezaríamos a grabar. Entonces se alisó el cabello con la mano, se jaló las solapas de su saco de pana verde para ajustarlo, se enderezó el nudo de la corbata y con amplios ademanes comenzó a leer, ahora sí, con una voz del mejor actor de teatro y levantando la vista hacia la cámara en las pausas. Todo iba muy bien, hasta que comenzaron a sonar unos estridentes claxonazos junto a la puerta de su casa, que nos arruinaron la grabación.

Con suma paciencia esperamos a que el desaforado de la calle guardara silencio y empezamos de nuevo. Juan José actuaba su lectura con mayor entusiasmo, como si fuera una grabación profesional, pero un poco antes de terminar, sonó el teléfono que tenía sobre la mesa y de nuevo tuvimos que interrumpir. Con visibles muestras de disgusto levantó

** Prólogo del libro *Apuntes de Querétaro*, Ed. Joaquín Mortiz, 1975.

la bocina y conforme hablaba se le iba suavizando el semblante y nos dimos cuenta de que le estaban comunicando una buena noticia. Y así fue. Cuando colgó nos dijo que un amigo le avisó que acababa de ver en La Lagunilla una hermosa edición del Quijote. Retomamos la tercera grabación y felizmente nos fuimos de corrido y al final, con un lar0go ademán en círculo, exhaló un suspiro, engolosinado en parte por sus propias palabras y en parte por la ventura de haber podido concluir sin obstáculos.

Empezamos a platicar de temas más íntimos y tuvimos que apagar la cámara. Tomó mi libro: *Divertimento erótico para fanfarria y cuerdas*. Al oíjearlo, dibujo por dibujo, cada uno recordamos aquellos primeros encuentros amorosos, que al inicio eran temores para irse convirtiendo en romances apasionados. Nos ofreció un oporto y disfrutamos por horas de su siempre brillante conversación. Nos contó de cuando Barrault vino a México con su compañía de teatro y de cómo lo invitó para que lo alcanzara en París, a donde fue unos meses más tarde. Allá trabajó con él y una buena noche, después de la función, por azares del destino o por algún mal intencionado, se quedó encerrado a oscuras durante toda la noche en el gran

teatro de la ópera. De ahí le viene la claustrofobia que tantos años después sigue padeciendo.

Cuando se terminó el oporto, nos propuso que lo acompañáramos a La Lagunilla para ver el libro. Dejamos en la casa el equipo y el coche. Él descolgó su capa negra que se colocó encima en un estudiado movimiento taurino. Se caló su sombrero de copa y ya como un mago nos tomó del brazo y caminamos hasta Reforma, la cruzamos entre mil coches embotellados y tomamos un taxi para llegar a nuestro destino. Después de un gran enfrenón, el vehículo se detuvo justo en el centro de La Lagunilla.

Caminamos un par de cuadras sin dejar de hablar y cada vez más excitados. Contagiados por Arreola arreciábamos el paso, mientras su enorme capa ondeaba al viento como bandera en desfile. Llegamos por fin a la librería, que estaba cerrada, pero tamborileamos fuerte la puerta. Después de un rato nos abrió el dueño, que se deshizo en caravanas al reconocer al maestro y nos invitó a pasar. Tomamos asiento alrededor de una desvencijada mesa de palo y nos trajo el enorme libro que fuimos hojeando con toda tranquilidad y tratando de no mostrar ningún interés, según nos había instruido Juan José, para poder lograr un mejor precio. Veía su aparente

serenidad, pero me daba cuenta de que con mucho más frecuencia se le deslizaban sus medios anteojos hasta la punta de la nariz. Por fin doblegó al vendedor con su erudición y su encanto y yo remaché la operación haciéndole ver que un libro así no podría quedar en mejores manos. Era una impecable primera edición ilustrada por Doré.

Emprendimos el regreso con aquel tabique bajo el brazo, caminábamos conversando, y de pronto Corazón descubrió un viejo laúd en un tenderete en el suelo, escondido detrás de unas cajas. Pidió que se lo mostraran y al tomarlo entre sus manos quedó prendada de él, lo mismo Juan José y yo por contagio. Pudo comprarlo a un precio bajísimo. Con los dos tesoros, tomamos un taxi de regreso a casa del maestro.

Ahí pudimos examinar las adquisiciones con calma y buena luz y nos dimos cuenta de lo afortunados que habíamos sido. Revisando el laúd ya sin cuerdas y con una lamparita para alumbrar su interior, vimos la etiqueta arrugada y sucia de un taller de Cremona fechado en 1778. Para entonces, no sé si Arreola estaba más contento por el laúd de Corazón que por su propia compra, porque después de darle vueltas y mirarlo con atención se lo pidió prestado para copiarlo.

—¿Cómo copiarlo, lo vas a dibujar?, le pregunté. Muy serio me contestó que no, que iba a construir otro igual. Sólo por el conocimiento que tenemos de sus innumerables habilidades, no dudamos de que lo hiciera y se lo dejamos. Pensé en que mientras lo construía, yo leería su Quijote, pero como podría tomarlo a desconfianza, ya no dije nada.

Un par de meses más tarde nos llamó para decirnos que había terminado el laúd y que nos lo quería enseñar. Lo invitamos a comer a la casa y trajo los dos instrumentos, los colocó juntos, a unos metros de nosotros, y no supimos cuál era el original. Los dos tenían los mismos gajos de madera a dos tonos en sus cuerpos, el mismo diapasón y casi, casi, se percibía el mismo sonido. Con una gran sonrisa nos los tendió y al tomarlos nos dimos cuenta de que el suyo era ligerísimo. Nos explicó que lo había construido con madera balsa y papel restirado y pintado, como se construyen los avioncitos para armar. Aun así, algún sonido salía de su frágil cuerpo. Comimos recordando aquella tarde deliciosa que pasamos juntos en La Lagunilla.

Tomamos unas copas de cognac mientras Corazón, muy inspirada, nos tocaba en el laúd unas obras del Renacimiento.

Después le mostré mis esculturas, Juan José las acarició con deleite. Me hizo tantas preguntas sobre mi trabajo que le enseñé mis libretas de apuntes, en donde surgen las primeras ideas.

De pronto tomó asiento, me pidió papel y lápiz, y lleno de inspiración empezó a escribir:

Gracias Fernando Pereznieto por la piedra, la madera y el hierro felizmente labrados por tu mano. Y por los árboles apenas y los tenues lejos de cielo. Y sobre todo, gracias por la sombra y por la luz en que esta tarde de otoño el espíritu se mueve.**



RETRATO DE UN ÁRBOL

Nicolás Moreno

Desde el primer momento me conquistó su mirada profunda y cristalina. Corre por sus venas la savia milenaria de los árboles. Cuando se entrega a ellos en sus telas, queda impresa la fusión de su alma con la de los más nobles ahuehuetes.

Conocí a Nicolás en la época en que recogía basura con mi amigo Carlos Pellicer, para armar sus Nacimientos. Así llamaba Carlos al ir con devoción al campo a escoger piedras y ramas para componer su pequeño paisaje interior, que regalarlo cada diciembre a sus amigos armonizándolo con un precioso poema. Pellicer, lleno de colores, confiaba en los consejos del pintor de los pinceles cargados de poesía.

La amistad entre Nicolás y yo quedó sellada desde el principio y no tardamos en salir al campo a pintar, o, más bien, yo a verlo pintar para aprender su manejo maestro del color y su enorme capacidad de trabajo.

Un día nos encontrábamos pintando en el campo toscano cerca de Florencia, bajo el aplastante sol del verano. Nicolás estaba frente a un óleo de grandes dimensiones. La temperatura fundía nuestros colores y había una humedad en el aire que teníamos que quitar con papel secante. Yo pintaba una acuarela pequeña, el papel permanecía siempre empapado, sobre el que mis pinceladas no secaban nunca. Sentí cómo el sol derretía mis ideas mientras que Nicolás, como si estuviera bajo una campana de cristal, alejado del calor, trabajaba a una gran velocidad; tanto, que cuando yo apenas terminé mi trazo a lápiz, él llevaba ya casi la mitad de su obra. Nicolás, al pintar, cantaba a todo volumen un gran repertorio de canciones. No obstante que me encontraba muy a gusto gozando a Nicolás, pintando yo también y escuchando las viejas canciones mexicanas, sentí que el sol golpeaba como martillo mi cerebro; de pronto, empecé a ver visiones; sentí que el piso se elevaba y para huir de una posible insolación regresé a casa a ponerme una bolsa de hielos sobre la cabeza.

Más tarde, aún con sol, como a las nueve de la noche, Nicolás llegó tranquilo y lozano, con su enorme lienzo casi terminado.

Algunas veces yo permanecía en mi estudio trabajando, entonces le prestaba a Nicolás nuestro viejo cochecito y él volaba al campo. Al medio día lo alcanzaba en bicicleta. Desde la carretera descubría su caballete y su inconfundible gorra café, y me acercaba a saludarlo y me sentaba con él a comer un poco de pan con salame, beber una copa de vino y sobre todo a platicar acerca de nuestros respectivos trabajos del día. Por las noches, después de cenar, nos juntábamos a seguir acariciando nuestras telas y a continuar nuestra conversación; mis figuras lo intrigaban, sus paisajes me encantaban. Nicolás, siendo un retratista fiel del drama mexicano —su tierra—, sintió cierto temor de pintar el dulce paisaje florentino, me dijo que la primera vez que se enfrentó con él, de curvas sensuales y onduladas, de colores armoniosos y delicados, se quedó como paralizado, sin saber por dónde empezar. Vi su tela y me di cuenta de cómo había cambiado los colores de su paleta, liberado su espíritu, matizado sus verdes, lavado sus cielos, y su honestidad de retratista entró en armonía con el alma pura de la campiña para ir a dar al lienzo con mano suave, de amante y de artista: Los cerros se poblaron de cipreses, en el valle nacieron los olivos y Florencia brilló como nunca, allá a lo lejos.

Nicolás, a su vez, estaba inquieto al presenciar cómo brotaba mi mundo en mis libretas y cómo se materializaban los seres que había yo venido soñando durante el día; entonces afiló un lápiz y escribió:

...Yo no sé por qué los personajes de Fernando son rojos, ignoro la razón de esa dualidad compuesta de ironía y erotismo.

Verlos en las pinturas y en los grabados, poder hasta tocarlos convertidos en escultura me intriga, me inquieta y me perturba, pero el miedo real que pudieran producirme, sería verlos desfilan en mis paisajes...!

Unos días después, por la noche, asistimos al recital que ofreció nuestro querido amigo el guitarrista Alirio Díaz bajo los esbeltos arcos del Brunelleschi en el Claustro del Hospital de los Inocentes, en el que sus seis cuerdas nos hicieron vibrar con una serie de obras venezolanas.

Todo el público estaba fascinado, pero Nicolás lo estaba aún más. Sus manos se agarraban con firmeza de los brazos de su silla; con la espalda erecta y el cuello alzado llevaba el ritmo con sus pies. Su mirada concentrada atraía casi en su totalidad ese flujo musical, para depositarlo en sus demás sentidos. Estaba posesionado por el genial vibrato y el ritmo que Alirio imprimía a su música. Al escuchar

la última nota, entusiasmado por el hechizo y junto con todo el auditorio, prorrumpimos en estruendoso aplauso hasta que nuestras manos enrojecieron. Después de abrazar a Alirio nos lo llevamos a cenar a la casa. Corazón “botaba” la pasta, yo ponía la mesa y Nicolás servía el vino para celebrar el triunfo del amigo. Esa noche platicamos largamente sobre la riqueza musical de nuestra lejana tierra americana. Alirio y Nicolás encontraron raíces comunes, que fueron anudando fuerte a un artista con el otro, hasta que el amanecer nos sorprendió, aún sentados a la mesa.

Otras veces, cuando el Atlántico se empeña en separarnos, a Nicolás y a mí nos acerca un cálido y nutrido epistolario, y fue en el que me comunicó el gusto que tendría de exponer en Florencia. Tomé sus grabados y volé a llevarlos a mi galerista para embrojarlo.

Al año siguiente, una semana antes de la inauguración, llegó Nicolás a Florencia con su cargamento de verdes y azules que de inmediato juntos nos dispusimos a enmarcar.

Una hora antes de la inauguración, mientras Nicolás y yo terminábamos de colgar los cuadros, llegó Enzo el galerista, elegantísimo, vestido de gabardi-

na clara y camisa negra, en su destartalada bicicleta oxidada que amarró con orgullo, como quien estaciona un Ferrari, a la tosca reja de la Banca Toscana. Después de ordenar la galería, Enzo estaba muy sereno, con mirada sonriente, satisfecho de la exposición que ofrecía. Nicolás, un tanto nervioso, cambiaba el peso de su cuerpo de un pie al otro mientras con una mano levantaba su gorra y con la otra se alisaba la cabeza. Yo me sentía orgulloso de haber podido entrelazar a mis dos amigos, y de que toda Florencia admirara las profundas distancias en los paisajes del mexicano, del que Carlos Pellicer había escrito: “Al salir del estudio de Nicolás Moreno, me dolían los ojos de tanto andar”.

La exposición fue un gran éxito en todos sentidos, Nicolás y yo la seguimos disfrutando por un mes.

Un día invité a Nicolás a que me acompañara al gabinete de dibujo de la Galería de los Uffizi para que conociera también esa pequeña rendija de mi vida. Nos sentamos frente a una gran mesa y pedí que nos trajeran algunos dibujos originales de Miguel Ángel. Los minutos de espera fueron de ansiedad para Nicolás. Notaba cómo se arremolinaba sobre su asiento.

Cuando el primer dibujo y él se encontraron frente a frente, se estableció de inmediato una corriente eléctrica, se puso de pie como impulsado por una fuerza superior, me tomó del antebrazo y sentí cómo temblaba. Su rostro estaba pálido y el corazón salió por su mirada. Acarició el arrugado papel de cinco siglos. Lentamente le fui presentando cada momento congelado en carboncillo. Pasamos toda la mañana en estrecha comunicación con el genio de Miguel Ángel y sólo hasta que nos encontramos en mitad de la Plaza de la Señoría bajo el rayo del sol, rompió su silencio. Entonces me percaté cabalmente de la veneración con la que Nicolás los había poseído.



LA AVENTURA DE UN CUADRO

Ismael Reyes Retana

Ismael y yo habíamos sido amigos entrañables ya en dos o tres reencarnaciones precedentes, lo que explica por qué cuando nos encontramos en esta vida con veintitantos años de diferencia, a favor suyo, nos hayamos querido desde siempre.

Era un hombre adusto, serio, malencarado, gruñón, que ponía una barrera infranqueable alrededor suyo, pero sólo tenías que salvar ese obstáculo para encontrarte con unos ojos azules luminosos, un grande y generoso corazón y una mano abierta de inigualable amigo fraternal.

Era frecuente que nos sentáramos a comer, él y yo solos, a las tres de la tarde, y nos levantáramos de la mesa a la media noche. Tenía una plática rica, interesante, amena, siempre llena de anécdotas certeras.

A su lado viví un sinnúmero de aventuras en diferentes partes del mundo, todas ellas muy intere-

santes, pero hay una que por lo insólita le encantaba a Ismael, una aventura a la que un día lluvioso lo invité a participar.

Viajaba yo al norte del país, por motivos de trabajo, junto con un ejecutivo de Banobras. Era de noche y mientras cenábamos unas succulentas carnes Hereford en un famoso restaurante de Tijuana, al calor del vino, me platicó que su mamá y unas tías, ya de avanzada edad, querían vender un cuadro al óleo, maltratado y quemado, que representaba unos leones y que alguna vez había sido atribuido a Velázquez. El cuadro había pertenecido al papá de ellas, el pintor español Joaquín Fernández de Ibase-ta, quien lo había rescatado de un incendio en el Museo del Prado de Madrid y más tarde lo había llevado a México. Me dijo que si me interesaba me lo podía mostrar y yo, desde luego, acepté verlo.

De regreso, en la ciudad de México, le pedí que lo llevara a mi casa para estudiarlo. Cuando lo tuve entre mis manos, supe, a pesar del deterioro, que se trataba de un cuadro de excelente factura y aunque no fuera de un pintor conocido, valía lo que pedían por él.

Acepté comprárselo y de inmediato llamé a Ismael para reunimos a comer, y le hice un resumen de lo ocurrido. Conociendo su pasión por la aventu-

ra, lo invité a participar en ella. Él estaba encantado y empezamos a formular planes llenos de fantasía.

Al día siguiente le llevé el cuadro a su casa y quedó enamorado. Nos dispusimos a investigarlo y a estudiar todas las posibilidades que lo pudiesen acreditar como un cuadro de Velázquez. Una gran tarea llena de interés.

Lo primero que hicimos fue tomarle una serie de fotografías profesionales y después escribir a las principales casas de remate de arte del mundo. A partir de entonces, para documentarme, empecé a comprar en las librerías todo lo que encontraba sobre Velázquez.

Llevamos personalmente el cuadro a Sotheby's y a la Hispanic Society de Nueva York. Se mostraron sumamente interesados en la pintura, apreciaron la pincelada y analizaron la tela, que efectivamente era del siglo XVII y nos recomendaron que tratáramos de autentificarlo ante alguno de los conocidos expertos en la obra de Velázquez.

Aproveché para visitar la librería Brentano's y compré varios libros del pintor. Uno de ellos, *La vida y obra de Velázquez*, estaba escrito por el erudito español don Benardino de Pantorba.

Ya en México, en la tranquilidad de mi casa, em-

pecé a leer cada uno de los libros, sin encontrar ninguna pista. Una noche, como a las tres de la madrugada, en que leía el libro de Pantorba, encontré un párrafo que decía:

En el primer salón de otoño del Museo del Prado de Madrid, llevado a cabo en 1920, se exhibió un estudio de Leones, atribuido a Velázquez, propiedad del pintor Joaquín Fernández de Ibaseta [el abuelo de quien nos había vendido el cuadro] posiblemente relacionado con el retrato de Felipe IV de pie, con un león a sus pies. Ahora, se halla en México.

Y daba las medidas que correspondían al nuestro.

Mientras leía, me temblaban las manos, lo releí varias veces y después, lleno de emoción, desperté a Corazón, quien por supuesto, también se entusiasmó pero, prudentemente, me convenció de que no le hablara a esa inadecuada hora a Ismael, sino que me aguantara hasta el día siguiente.

Esa noche seguí leyendo el libro hasta terminarlo y no dormí nada. Apenas salió el sol, le telefoneé a Ismael para darle la noticia. Enseguida, sin poder esperar más, fui a su casa con el libro. Su entusiasmo era tan grande como el mío y decidimos llevarlo a la oficina de Christie's en Londres con una copia del libro y las fotografías.

Una semana después estábamos en el número ocho de King Street, en St. James, en la oficina principal de Christie's. Nos entrevistamos con el director y le mostramos el cuadro. Quedó encantado y nos comentó que en la subasta anterior se había vendido el retrato de Juan de Pareja, el esclavo de Velázquez a quien había liberado y ofrecido su amistad. Un cuadro de menor tamaño que el nuestro había alcanzado la suma récord, hasta ese momento, de veinte millones de libras esterlinas.

Nos dijo lo mismo que en Nueva York; que a su juicio, al cuadro sólo le faltaba ser autenticado ante un experto en Velázquez.

A nuestro regreso empezamos un largo peregrinar de un experto a otro y siempre nos topamos con la misma respuesta:

—No estoy totalmente seguro de que sea de Velázquez.

Sólo quedaba por consultar a don Xavier de Salas, director del Museo del Prado, pero no nos atrevimos a llevar el cuadro a España, porque Ismael advirtió que si el cuadro era autenticado ya no podría regresar y lo perderíamos irremediabilmente. Decidimos escribirle enviándole las fotos.

El 12 de abril del 75 nos contestó:

“Con respecto a las fotografías del grupo estudio de leones que, efectivamente, se expuso en Madrid en el salón de otoño en 1920, no creo en modo alguno que sea de la mano de Velázquez. No viendo la tela es difícil juzgar sobre si la pintura corresponde a su antigüedad. Yo diría que es obra del siglo XVII pero podría ser la tela que se ve en los desconchones, del siglo XVIII. No es demasiado concisa la fotografía a ese extremo.

En relación con el autor no creo que sea español, es alguien relacionado, me parece, con la obra de Rubens. Tiene relación por ejemplo con el grupo *Daniel y los Leones* que fue del duque de Hamilton y se encuentra en Washington...

En todo caso es una interesante pintura de un tema raro.

Cordialmente les saluda Xavier de Salas.”

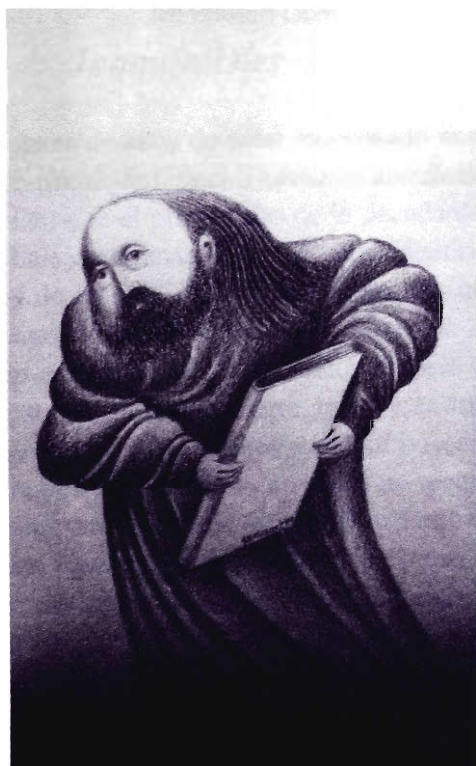
Esta carta nos desalentó, pero decidimos comenzar nuestras investigaciones alrededor de la obra de Rubens. Con desilusión veíamos cómo cada vez se nos escurrían de las manos nuestros veinte millones de libras esterlinas.

Algún tiempo después, agotadas las posibilidades lógicas, lo mandamos a restaurar.

A Ismael le encantaba el cuadro tanto como a mí

y me propuso que le vendiera mi parte en lo mismo que habíamos pagado por él, ya que le gustaría conservarlo. Me fue difícil resignarme a terminar con aquella apasionante aventura; además, cada vez estaba más encariñado con el cuadro y me gustaba una enormidad, pero desde luego acepté darle ese gusto. Agradecido por mi actitud, me dijo que si en algún momento se descubría que era de Velázquez, el trato se retomaría como al principio y dividiríamos las posibles utilidades.

Desde ese momento y hasta ahora, los bellísimos leones de Velázquez señorean su acogedora biblioteca. Cada vez que los veo añoro ese episodio, pero más añoro al amigo que desde hace unos años me espera para retomar, en la próxima vida, nuevas aventuras y nuestro cariño fraternal.



MI PRIMER LIBRO

Joaquín Díez–Canedo

Después de años de estar enamorado en silencio de mi ciudad, decidí cantarle abiertamente mi amor. Durante el primer año de la década de los setenta, bajé cotidianamente al Centro Histórico y las piedras de los edificios “entraron en mis ojos y en mis manos y fueron a dar al papel, con la emoción del que ama y acaricia”. Cuando mi grito de amor fue lo suficientemente fuerte, quise que los demás también oyeran mis dibujos y decidí buscar un editor para publicar un libro con ellos; no recuerdo qué amigo me aconsejó que viera a Don Joaquín Díez–Canedo, “quien, cuando menos vería mis dibujos; en cambio otros, al saber de qué se trataba, me cerrarían sus puertas.”

Así, un buen día, tomé mis garabatos y los llevé a la Distribuidora Avándaro, en las calles de Ayuntamiento, en pleno centro. Se los mostré y al explicar a qué iba me dijeron que Don Joaquín sólo acudía a

sus flamantes oficinas de la Editorial Joaquín Mortiz en Tabasco y Mérida. Ya que se trataba de un tema raro de publicar, me recomendaron que fuera a verlo un sábado, que era el día que tenía menos gente.

Esperé a que llegara el siguiente sábado y a media mañana, temblando de emoción, me aparecí en Mortiz, sin avisar. Me recibió su secretaria Magdalena y le expliqué de qué se trataba y en seguida pasé a través de su doble puerta de cantina a su amplio privado. Me encontré frente a un hombre al que apenas le entendí el saludo, de pie detrás de una enorme mesa atestada de papeles, con las manos en los bolsillos, los brazos estirados como empujando hacia abajo el pantalón, que no caía gracias a unos fuertes tirantes que lo sostenían al límite de su resistencia. Vestía un suéter beige de *cashmere* abierto; sobre la mesa en un bloque de vidrio de construcción, humeaba una pipa.

Me invitó a sentar del otro lado de la mesa, como a un kilómetro de distancia, y me pidió que le enseñara los dibujos, al mismo tiempo que me explicaba que él no me los podría publicar, ya que en su editorial no había una columna para ellos.

Tenía series de poesía, novela, ensayo, cuento,

mas nada de dibujo ni que se le pareciera. Pero ya que había ido a verlo, lo menos que podía hacer era mirarlos; entonces yo caminé alrededor de la mesa, como quien da la vuelta a la manzana, y con gran nerviosismo y algo desilusionado, se los entregué. Los fue ojeando con detenimiento, haciendo comentarios sobre algunos de ellos y al final de lo que para mí fue una eternidad, me dijo que estaban bien para un libro, pero reiteró que en su editorial no se podrían publicar. Me pidió que se los dejara para verlos con calma y que lo fuera a ver el sábado siguiente.

Otra vez los días pasaron con gran lentitud, alargándose unos a otros. El sábado siguiente encontré a Don Joaquín encendiendo su pipa, muy afable me invitó a sentar y me ofreció un café. Después me presentó a su sobrino y brazo derecho, Bernardo Giner de los Ríos. Sacó mis dibujos y me los devolvió, me dijo que les había sacado una serie de fotocopias. Intuí que los había visto con detenimiento durante la semana, porque me hizo diversos comentarios sobre ellos y con su mente de editor, ya le había dado forma al libro, aunque no para editarlo: Debería ser grande y apaisado para que lucieran, pensó en una edición pequeña de mil ejemplares,

numerados y firmados por el autor para darle valor a cada libro. Cada dibujo debería ir acompañado por una nota explicativa que incluyera algo de historia, y el volumen debía ser presentado por algún poeta reconocido.

Ya para entonces, después de platicar con él toda la mañana, sentí como si lo conociera desde siempre.

A partir de ese día lo seguí visitando cada sábado y el libro cobraba forma hasta en el más mínimo detalle: Los dibujos se agruparían en tres largos paseos del tipo de las guías europeas, la tipografía debía ser en Bold o Baskerville de 40 puntos, se imprimiría sobre cartulina vellum de 250 gramos; el poeta que escribía el prólogo no podía ser otro que el Cronista de la Ciudad, Salvador Novo.

Yo cada día estaba más entusiasmado, escribí los textos y fui a ver a Novo. Recuerdo que llegué al Teatro de la Capilla en Coyoacán, toqué a la puerta, le expliqué al mozo de qué se trataba y para mi felicidad, enseguida me recibió el poeta; le mostré mis dibujos y los textos, y le platiqué cómo podría ser el libro; para finalizar le dije que él era la persona más indicada para escribir el prólogo. Me imagino que le gustaron los dibujos o que él ya se lo esperaba, porque enseguida me dijo que sí.

Una semana después me llamó para avisarme que ya podía pasar a recogerlo.

Para entonces Joaquín y yo nos hablábamos de tú y seguido comíamos en el Centro Gallego, en la calle de Colima, donde bebíamos buen vino, y si el Viña Tondonia o el Viña Albina nos parecían extraordinarios, pedíamos que nos enviaran una caja a cada uno.

Un sábado que para mí fue de Gloria, me recibió diciendo que el libro estaba ya tan bien formado, que no le quedaba otra alternativa que publicarlo, aunque tuviera que crear una nueva serie dentro de la Editorial, que llamaría Obras Varias y mi libro sería el 001.

Fue cuando entré de lleno y con gran pasión en la tarea editorial. Me fui a escoger personalmente el papel, estuve presente cuando Federico Sevilla hizo negativos, los corregí y permanecí cada día de impresión, para dar el visto bueno a los tirajes. Cuando todo el libro quedó impreso, me mudé a Encuadernación Suari y ahí conviví deliciosamente con Jorge Flores y sus hijos, escogiendo tela para el mío y estorbándolos en la encuadernación de sus demás trabajos.

Cuando al fin estuvo listo, llevé en brazos a casa el primer ejemplar, como a otro hijo mío. Y cuando

Salvador Novo lo presentó en la televisión por primera vez, me sentí importante.

Para fin de año ya estaba en librerías y en una de la avenida Juárez todo el aparador se lo dedicaron a él, por petición de Joaquín.

Durante medio año de visitas sabáticas, a donde a veces llevaba a mis hijos Brenda y Leo, de seis y cuatro años, quienes se perdían felices entre los laberintos de pilas de libros en la bodega a doble altura, fui conociendo a los autores de la editorial, platiqué largo con ellos: Carlos Fuentes, Salvador Elizondo, Jorge Ibargüengoitia, José Agustín, entre otros, y fui aprendiendo de las tareas editoriales. A veces ayudé a Joaquín a revisar galeras, a leer algún texto o a diseñar alguna portada con dibujos míos. Me empezó a invitar a las comidas del Estoril y a relacionarme con los demás autores; nuestra amistad se fue estrechando y tanto Aurorita como Corazón entraron en escena. Cuando salía yo de viaje a Europa, me encargaba sus latas de tabaco Balkan Sobraine o Dunhill, o alguna pipa.

Ese libro, *Apuntes de la ciudad de México*, fue el primero de una larga cadena —más de veinte. En los años sucesivos yo dibujaba y vendía anticipadamente la edición completa. Invitaba a Joaquín para

editarlos juntos y en esos años no nos fue tan mal. Yo era el autor que cobraba las más altas regalías en la editorial y me sentía el consentido. Después me enteré de que todos se sentían igual, porque la amistad de Joaquín era estrecha con cada uno.

Además del gran cuadro de Vicente Rojo situado detrás de su mesa, con triángulos de colores, colgaban en la pared lateral y única de su privado, dos dibujos que le regalé de mi primer libro, la Catedral y la Primera Imprenta de América.

Ya manejaba yo bien el tipómetro y las tijeras largas de editor. De entonces a la fecha fui presenciando el auge de las carreras literarias de los jóvenes escritores a los que, como a mí, generosamente les abrió las puertas.

Mis largas ausencias del país en vez de enfriar nuestra relación, la acercaba más porque le dejaba tarea para que cada año editara un libro nuevo, siempre de dibujos.

Tengo la suerte de que aún ahora, veinticinco años después, y ya para cumplir los ochenta, seguimos siendo amigos y salimos a comer juntos, a platicar largo y a beber vino. Y como antaño, si el vino es bueno, salimos con una caja cada quién.



EL NOMBRE DE LA ROSA

Umberto Eco

Durante una de mis largas estancias en Florencia, en una luminosa tarde de septiembre, presencié un concierto sinfónico al aire libre en la plaza de la Signoría, que habían ofrecido para celebrar el nombramiento de Florencia como capital europea de la cultura. Concurrieron al espectáculo casi todos los mandatarios europeos, quienes escucharon desde el balcón del palacio Viejo.

La orquesta interpretó piezas de compositores italianos dirigidos por Carlo María Giulini. Toda la plaza estaba repleta de florentinos y extranjeros quienes, al finalizar el concierto, entusiasmados se dispersaron por las callejuelas del centro. Mezclado entre la multitud, caminé por la angosta *via dei Cerchi* y doblé en la vía del Corso para llegar a la Galería Teorema, donde tenía una de mis exposiciones.

Entré y saludé a Enzo Masini, mi amigo y gale-rista, e inmediatamente después, detrás de mí entró

un tumulto de gente que llenó la galería, como si fuera la noche de la inauguración.

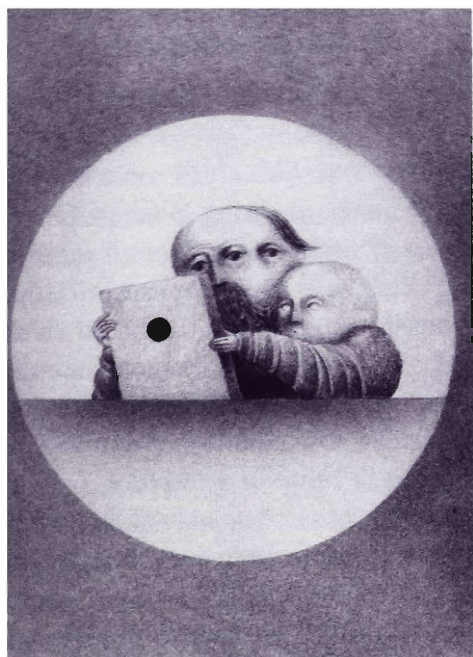
Le platicaba a Enzo del concierto que acababa de escuchar, mientras mirábamos las reacciones de las personas que observaban mis cuadros. Continuamos conversando largo rato y cuando sonaron las siete campanadas de la Abadía Florentina, el gale-rista bajó media cortina para indicar que ya cerraba. Mientras salía la gente, llegó un personaje barbado, vestido de negro, con un libro bajo el brazo, y pidió permiso para ver la exposición.

Vimos cómo se detenía frente a cada cuadro largo rato, observando con cuidado toda la colección. Reflejaba en su rostro gran interés.

Cuando terminó de verla, se acercó a nosotros y me preguntó si yo era el autor. Asentí y me obsequió el libro que llevaba y me dijo:

—Quiero que sepa usted que ha pintado lo que yo acabo de escribir. —Sin más se despidió de nosotros, dio media vuelta y salió.

Leí el título del libro: *Il nome della rosa*.



EPÍLOGO
APRENDER A MORIR VIVIENDO

Fernando Pereznieto

Aprender a morir había sido, ante todo, aprender a vivir. Planear el desarrollo de mi vida, paso a paso, hasta un futuro lejano. Frenar la carrera loca del enriquecimiento material, para darle paso a la búsqueda de un conocimiento de mí mismo y de un mayor acercamiento con mi familia y convivir en plenitud. No quedarme con el deseo de realizar algo que fuera positivo y profundo. Fue así como surgió la posibilidad primero, y después la necesidad, de vivir la mitad de la vida en Florencia. Abrir nuestro horizonte cultural. Descubrir a cada uno de los seres amados y acercarme a ellos. Así, cuando llegara la muerte, estaría convencido de no haber dejado nada pendiente y me encontraría preparado.

De esa manera había pasado toda mi vida aprendiendo a encarar la muerte. Y aun así, me causó estupor el día que la tuve frente a mí. Cuando escuché

el veredicto, quise aferrarme a la vida como un desesperado.

Vi la pequeña muerte gris en la pantalla iluminada con las radiografías y estudios de sonido. Un tumor enclavado en el centro mismo de mi cuerpo y que ya se había fugado a otras partes vitales. El doctor señalaba con su terrible dedo, explicando cómo iba creciendo y apareciendo en otros órganos.

Lo primero que me vino a la mente fue la mirada profunda de Corazón. En seguida pensé en mis hijos Leo y Brenda y en mi nieto que llevaba en su seno. ¿Lo llegaría a conocer?

Mientras el médico hablaba, me sobrecogió la ironía de la situación. Había pasado toda mi vida preparándome para ese instante y ahora me rehusaba a aceptarlo, al ver mis propias entrañas donde un tumor canceroso crecía como hierba mala, amenazando con destruirme.

Sin embargo, con bastante calma le pregunté:

—¿Es operable?

El doctor apagó la pantalla que mostraba mis estudios y de momento mi muerte desapareció en la oscuridad. Se reclinó en su sillón, tomó un cigarrillo y lo encendió con toda tranquilidad, como para escoger las palabras adecuadas.

—Sería operable si no se hubiera fugado ya a otros órganos. Si ahora te operara, morirías en poco tiempo...

—¿Y de no operarme?

—Para mí la única solución es someterte a un tratamiento, que te permitirá vivir más tiempo.

—¿Cuánto más?

—No podría precisarlo.

Cuando supe que sólo había una elección, inexplicablemente me entró la paz, o quizá, la resignación.

Me di cuenta de que el mismo doctor dejó de estar tenso. Era mi amigo Teodoro Cesarman y el peor momento había pasado.

Ya en mi estudio salí al balcón y contemplé la barranca. La ciudad, allá a lo lejos, había desaparecido entre la niebla; sólo lograba ver los árboles más cercanos. Unos albañiles que construían enfrente, trabajaban recio al tiempo que gritaban y cantaban. Los pájaros revoloteaban llenos de vida. Los árboles y la yerba lucían verdes y húmedos en esa temporada de lluvias. Sólo yo, sentado en mi sillón, estaba sentenciado.

Necesité de todo el fin de semana para darme cuenta de que estaba realmente preparado para mo-

rir. Recapacité que había llevado una vida, desde mi particular punto de vista, inmejorable. La estrecha convivencia con mi familia había dado bellísimos frutos. Hasta ese momento no había dejado nada importante por hacer.

Instintivamente empecé a revisar papeles y entre ellos encontré unas cartas que me ayudaron a enfrentar mi destino. La primera era de mi padre, escrita a bordo del barco Leonardo da Vinci que los traía de regreso de Europa, finalizando el viaje, al que yo muchos años atrás, con bastante esfuerzo, los había podido invitar. La escribió el día en que mi madre recibió el ramo de rosas que le envié:

Querido Fer: apenas instalados en nuestra cabina 161, el camarero le trajo a tu mamá un precioso ramo de flores, la emoción, para ambos, inmensa, pero fíjate que al verlo en el pasillo y alcanzar a ver el nombre, le señalé nuestra cabina y pensé en ti, que era regalo tuyo, enorme, como es la mar por donde vamos y tantos, tantos han pasado, sin esta atención tuya, tan grande, como el obsequio mismo del viaje, porque en él, hemos sentido los latidos de tu corazón...

Otra carta de mi hermano Leonel, a bordo del avión que lo traía de regreso a casa después de dos años y medio de estudiar en Europa:

“Es un regreso y para mí el fin de un hermoso periodo. Cuántas cosas yo te podría contar de él, pero al fin y al cabo ya tú las conoces más o menos bien. Quizá ahora podría hablarte un poco de nuestra relación que también conoces bien, pero vale la pena hablar de ella. Fer, tú reúnes para mí, una serie de características formidables; durante una parte de mi vida fuiste un hermano, cosa que por supuesto sigues siendo, pero en el sentido que ahora te lo digo, la dimensión es más profunda, pues no sólo fuiste un simple hermano, sino también, por tus consejos y tu ejemplo significaste o quizá llenaste la plaza de un padre. Ahora eres mi amigo, mi mejor amigo, mi confidente ¿no es maravilloso?!!! Como te decía, esto es un regreso, es el final de un periodo mucho muy importante en mi vida, quizá te pudiera decir que ha sido el que más ha tenido una profunda trascendencia en mi ser. ¿Y sabes?, fue en gran parte debido a ti. De ti, en todo momento he recibido un apoyo incondicional y en todos los sentidos, créeme que es una cosa fabulosa. Pagarte lo que tú me has ofrecido sería casi vanidoso; sin embargo me has dado algo más profundo. Me has creado conciencia para que el día que yo tenga un hijo, le pueda dar, lo pueda apoyar, lo pueda sostener en toda decisión

que él tome, sea la que fuere. Nunca podré, ni siquiera, dejar de pensar en lo mucho que tú me has dado. En muchos sentidos, esto que ahora aporto a mi regreso a nuestro México y que también espero dar a nuestra querida familia, es a la vez algo tuyo.

Es en realidad una carta de agradecimiento, de agradecimiento profundo, es cierto, pero de qué otra manera podría desahogarme diciéndote que te llevo muy dentro de mi corazón, de mi dicha...”

La tercera carta me la escribió mi hijo Leo de Los Ángeles, donde vive, a Florencia, por mi cumpleaños:

“Mi fortuna empezó desde el momento en que nací tan increíble pareja. Y cuando fui creciendo, educado y guiado a lo mejor, y siempre, con la meta de hacerme feliz en la vida. Bueno, quiero decirles que si uno de sus propósitos era que yo fuera feliz, eso lo lograron plenamente. Lo que hago es no sólo que me guste, o sea interesante, sino que realmente lo disfruto, me divierto y me lleno plenamente.

Tengo un gran grupo de buenos amigos que me apoyan en lo que hago y en los que puedo confiar.

Vivo en un lugar hermosísimo y lleno de colores y música, un lugar en el que hay paz y tranquilidad, aunque al mismo tiempo, mucha acción y mucho trabajo.

Tengo mis estudios y cuando salgo a caminar tengo a mis animalitos que me conocen y se alegran.

Ustedes me dieron la oportunidad y libertad de conocerme a mí mismo, de encontrar respuestas a los enigmas de la vida y ustedes me dieron los medios para progresar y poder llegar a niveles espirituales más altos, desde donde veo que la vida vale la pena y que uno puede ser verdaderamente feliz.

Por todo lo anterior, les será eternamente grato; aprovecho esta ocasión de tu cumpleaños para decirles que yo también les deseo la felicidad profunda y plena. Su hijo, Leo.”

Estas tres cartas, de tres generaciones diferentes de hombres queridos y cercanos a mi corazón, serían por sí suficientes para testimoniar que valió la pena, con creces, vivir esta vida.

Un poco más tranquilo, sólo me faltaba encontrar las palabras adecuadas para comunicárselo a Corazón y después a mis hijos. Y más tarde a mis hermanos y amigos.

En ese momento descubrí que no había nada más dulce para el hombre que la vida; nada más precioso que el tiempo; nada más tranquilizador que el contacto con la tierra, el aroma de las flores y la cercanía de la mujer amada.

Me sorprendió un dolor intenso. De pronto sentí terror. Un sudor frío inundó mi cuerpo. Me temblaron las manos. La música de Mozart, que salía del tocadiscos, me serenó.

Lentamente cesaron los escalofríos, se abatió el terror, recuperé la calma y comencé a pensar de qué modo ordenaría mi vida en el tiempo que faltaba.

Decidí cumplir con los compromisos que había contraído, para lo que tendría que pintar, grabar y hacer escultura a marchas forzadas.

Resolví editar un libro de pintura y otro de escultura, con el fin de mostrar mi trabajo más reciente. Y al mismo tiempo sentí la necesidad de hacer recuerdos de mis amigos y de las horas felices que pasamos juntos.

De ahí me vino la idea de este pequeño volumen. No le di un orden lógico, sino aquel que dictaron los latidos de mi corazón.

Han pasado cuatro años desde que escribí estas líneas. Me siento bien. Como siempre he sabido vivir mi vida, ahora continúo viviendo intensamente y feliz.

ÍNDICE

RECUERDO DE PARÍS Y LOS FANTASMAS DE LOS CONVENTOS	
<i>Carlos Fuentes</i>	7
EL CAMPANERO DE FIÉSOLE	
<i>Piero el jardinero</i>	15
ACUARELAS FLORENTINAS	
<i>Edgardo Coghlan</i>	21
UNA NOCHE DE CONCIERTOS	
<i>Andrés Segovia</i>	27
UNA TARDE DE POESÍA	
<i>Salvador Novo</i>	37
AVENTURAS EN VERACRUZ	
<i>Pablo Casals</i>	47
PREMIO NACIONAL DE PINTURA EN ITALIA	
<i>Marcello Venturoli</i>	55
UN CUENTO DEL MÁS ALLÁ	
<i>El Paparruga</i>	65
OBRA COMPLETA	
<i>Andrés Iduarte</i>	77
BAUTIZO EN EL GALUZZO	
<i>Alfonso Ortega</i>	87
GRABADOS ERÓTICOS	
<i>Pablo Picasso</i>	97

UN LUGAR DE POLVO Y VIENTO	
<i>Juan Rulfo</i>	107
EL CONCIERTO SE REPITE	
<i>Juan Reyes</i>	115
ENCUENTRO EN EL MUSEO	
<i>Carlos Pellicer</i>	121
TERROR EN EL RANCHO	
<i>Jaime Escandón</i>	129
UN PASEO POR LA LAGUNILLA	
<i>Juan José Arreola</i>	139
RETRATO DE UN ÁRBOL	
<i>Nicolás Moreno</i>	149
LA AVENTURA DE UN CUADRO	
<i>Ismael Reyes Retana</i>	159
MI PRIMER LIBRO	
<i>Joaquín Díez Canedo</i>	169
EL NOMBRE DE LA ROSA	
<i>Umberto Eco</i>	179
APRENDER A MORIR, VIVIENDO	
<i>Epílogo</i>	183

ENCUENTROS 20 *recuerdos y una canción desesperada*
de Fernando Pereznieta se terminó de imprimir en los talleres
de Becolor, Francisco I. Madero, 88, Col. Barrio San Miguel
Iztacalco, México D.F., en el mes de agosto de 1997.

Se tiraron 1000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Cuidado editorial: Valentín Almaraz

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo



Azcapotzalco



COSEI

COORDINACIÓN
DE SERVICIOS
DE INFORMACIÓN

Formato de Papeleta de Vencimiento

*El usuario se obliga a devolver este libro en la fecha
señalada en el sello mas reciente*

Código de barras. 2893638

FECHA DE DEVOLUCION

- Ordenar las fechas de vencimiento de manera vertical.
- Cancelar con el sello de "DEVUELTO" la fecha de vencimiento a la entrega del libro



2893638

**UAM
PQ7233
L5.3
no.55**

**2893638
Pereznieto, Fernando
Encuentros : 20 recuerdos**

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo

